



Historia(s) de Anaime, Tolima

Sociedad y desarrollo del territorio

Álvaro Martín Gutiérrez Malaxechebarría

35.000

El cañón del río Anaime es una zona de gran riqueza ecológica, paisajística y agropecuaria, con la que el autor de *Historia(s) de Anaime, Tolima. Sociedad y desarrollo del territorio*, el profesor Álvaro Martín Gutiérrez Malaxechebarría, tiene lazos afectivos muy fuertes. En este libro recoge algunas memorias y percepciones propias, otras que su padre le compartió y otras más de muchísimas personas entrevistadas.

Este no pretende ser un libro taxativamente académico ni un tratado histórico. Es una recopilación de consideraciones de numerosas personas quienes han conocido la zona y, sobre todo, una perspectiva personal de la historia y del desarrollo del territorio y de la sociedad de esta región. Así, este libro es un contrapunteo entre lo personal y lo social, entre lo afectivo y lo objetivo y, en últimas, entre la historia y la memoria.

UD
Editorial



Historia(s) de Anaime, Tolima

Sociedad y desarrollo del territorio

Álvaro Martín Gutiérrez Malaxechebarría



**CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA**

Resumen

Este libro es un recorrido social por la historia de Anaime, Tolima, visto desde una perspectiva personal y familiar. A partir de un desarrollo narrativo, el autor pasa por los principales episodios de la historia del municipio —su conformación geográfica, su historia prehispánica, la lucha durante los intentos de imposición del poder colonial, la colonización campesina del siglo XIX, la llegada de migrantes de otras regiones del país, la violencia bipartidista y los conflictos armados, entre otros— hasta llegar a mostrarnos cómo el talante social de Anaime y su historia permitieron que la población rechazara, hasta ahora, exitosamente la presencia de minería en la zona. Este libro explora tensiones entre lo narrativo y lo ensayístico, lo social y lo familiar, lo público y lo privado y, de manera general, lo histórico y lo memorativo.

Palabras clave: Anaime, Tolima, historia, memoria, minería.

Abstract

This book offers a social journey through the history of Anaime, Tolima, told from a personal and familial perspective. Through a compelling narrative, the author explores key episodes in the municipality's history—its geographical features, prehispanic legacy, waves of migration from other regions of Colombia, bipartisan violence, and the armed conflict, among others. The story culminates in an account of how Anaime's social fabric and collective memory have, so far, enabled the community to successfully resist mining activity in the area. The book navigates tensions between narrative and essay, social and familial memory, public and private life, and more broadly, between historical record and commemoration.

Keywords: Anaime, Tolima, history, memory, mining.

¿Cómo citar este libro? / How to cite this book?

Gutiérrez-Malaxechebarría, Á. M. (2025). *Historia(s) de Anaime, Tolima. Sociedad y desarrollo del territorio*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas-Editorial UD.
Doi: <https://doi.org/10.69740/UD.9789587877775-5.9789587877762>





© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Facultad del Medio Ambiente y Recursos Naturales
© Álvaro Martín Gutiérrez Malaxechebarría

ISBN: 978-958-787-775-5

ISBN digital: 978-958-787-777-9

ISBN ePub: 978-958-787-776-2

DOI: <https://doi.org/10.69740/>

UD.9789587877755.9789587877762

Primera edición, abril de 2025

Líder Unidad de Publicaciones

Rubén Eliécer Carvajalino C.

Gestión editorial

Felipe Pardo

Corrección de estilo

Editorial UD

Diagramación

HIPERTEXTO SAS

Diseño de cubierta

Johana Delgado Macías

Editorial UD

Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Carrera 24 n.º 34-37, Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 6013239300 ext. 6202
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Cláusula de responsabilidad

La Editorial UD no es responsable de las opiniones y de la información recogidas en el presente texto. Los autores asumen de manera exclusiva y plena toda responsabilidad sobre su contenido, ya sea este propio o de terceros, declarando en este último supuesto que cuentan con la debida autorización de terceros para su publicación. Igualmente, expresan que no existe conflicto de interés alguno en relación con los resultados de la investigación propiedad de tales terceros. En consecuencia, los autores serán responsables civil, administrativa o penalmente, frente a cualquier reclamo o demanda por parte de terceros, relativa a los derechos de autor u otros derechos que se vulneren como resultado de su contribución.

Todos los derechos reservados

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Unidad de Publicaciones de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
Hecho en Colombia.

*Sistema de Bibliotecas de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Catalogación en la publicación (CEP)*

Gutiérrez Malaxechebarría, Álvaro Martín

Historia(s) de Anaimé, Tolima. Sociedad y desarrollo del territorio / Álvaro Martín Gutiérrez Malaxechebarría. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2025.
107 páginas : mapas, fotografías algunas a color ; 24 cm. (Colección Ciudadanía & Democracia)

ISBN: 978-958-787-775-5 ISBN digital: 978-958-787-777-9 ISBN ePub: 978-958-787-776-2

1. Anaimé (Tolima, Colombia) -- Historia 2. Anaimé (Tolima, Colombia) -- Descripción 3. Cajamarca (Tolima Colombia) -- Descripción 4. Ciudades y pueblos I Serie.

918.6136: CDD 23 edición.

Contenido

Prólogo	13
<i>Aída Julieta Quiñones Torres</i>	
A modo de presentación	17
Historia(s) de Anaime	21
Los pijaos	23
El Camino del Quindío	27
Los primeros años	33
La guerra de los Mil Días y los años posteriores	41
La carretera Panamericana y Cajamarca	47
Los años de paz y prosperidad	51
La llegada de los boyacenses	57
La violencia política de los años 50	61
Los años después de la violencia	67
La guerra de los años 90 y 2000	79
El oro y el oro verde: las nuevas amenazas	89
Consideraciones finales	99
Referencias	101
Sobre el autor	107

Índice de figuras

Figura 1.	Localización del corregimiento de Anaime	21
Figura 2.	Cuenca del río Anaime aguas arriba del punto llamado Puente Hierro	22
Figura 3.	Principales caminos coloniales	28
Figura 4.	Localización del corregimiento de Anaime en el mapa de los Estados Unidos de Colombia	30
Figura 5.	Camino del Quindío	32
Figura 6.	Puente sobre el río Anaime a inicios del siglo XX	43
Figura 7.	Hacienda La Arcadia	45
Figura 8.	Puente Hierro	48
Figura 9.	Vista de la ciudad de Cajamarca desde un cerro	49
Figura 10.	En rojo el túnel de la Línea	50
Figura 11.	Carreteras para cruzar el río Anaime y tramo que conecta el pueblo de Anaime con la Panamericana	50
Figura 12.	Dos hombres con un animal de carga en un camino pedregoso de montaña en cercanías a Cajamarca en 1934	52
Figura 13.	Anaime en primer plano y Cajamarca al fondo	72
Figura 14.	Vista de un pequeño sector del cañón de Anaime desde, La Holanda, la antigua finca familiar (segunda década del siglo XXI)	73
Figura 15.	Familia campesina en Anaime, años 80	74
Figura 16.	Plaza de ferias de Cajamarca, inicios de los años 80	76
Figura 17.	Una casa y el Puente Hierro durante la avalancha de 1994	84
Figura 18.	Línea de tiempo del proyecto minero de La Colosa	93



Prólogo

Aída Julieta Quiñones Torres

Uno de los territorios más bellos de este país comunica a los departamentos del Tolima y del Quindío y se encuentra en el corazón de Colombia, este lugar está muy cerca de La Línea, vía por donde la mayoría de los colombianos tenemos que transitar de manera terrestre. Allí se encuentra Anaime, conformado por bosques de niebla altoandinos y páramos, en una zona muy diversa en ecosistemas, poblaciones y producción agrícola. Las miradas dirigidas a territorios como Anaime suelen ignorar la belleza que guardan las montañas y los ríos que nacen en estos parajes, buscando siempre otro destino.

El autor de este libro, Álvaro Gutiérrez, ha sido parte de la construcción de este territorio, puesto que, en este mismo, se asentaron algunos integrantes de su familia. Por eso, el autor nos lleva a través de la narración a recorrer los más interesantes e intensos recuerdos del que hoy es considerado “un paraíso en la tierra”; como lo ha definido muy bien Olga Castro, oriunda de Anaime, hoy, corregimiento de Cajamarca.

Este lugar se reconoce por la lucha emblemática de su gente, quienes buscan de manera incansable conservar los ecosistemas para salvaguardar el agua y producir el alimento que sostiene la vida; por eso, la población se ha levantado para impedir el avance de una mina a tajo abierto en el territorio, porque se considera que en este hermoso paraíso el tesoro máspreciado no es el oro, sino el agua, las montañas y el alimento. Así lo planteó el maestro Julio Carrizosa Umaña, quien —recogiendo las ideas de Olga Castro sobre Anaime— habló sobre la

Posibilidad de vivir mejor, la economía ha quedado en su lugar y se están proponiendo objetivos más acordes con la complejidad de los humanos; no somos únicamente maximizadores de poder y de dinero, primordialmente deseamos la felicidad, una felicidad integral en la que lo cognitivo, lo estético, la bondad, lo sagrado y lo sensual tienen papeles principales. (Carrizosa, 2014, p. 1)

En esta obra, el autor nos cuenta cómo se conformó Anaime, señalando que administrativamente pasó de ser un municipio para convertirse en un corregimiento, el cual conserva un aura de exotividad respecto a la exuberancia de su naturaleza. Anaime guarda toda una historia de ancestralidad centrada en los pijaos, una cultura milenaria que resistió la invasión de los españoles con fuerza y perseverancia, valores que se heredan de generación en generación en este corregimiento.

Este libro cobra importancia en cuanto significa y resignifica episodios de la memoria colectiva, recordándonos lo que implicó para la riqueza ancestral colonizar y recolonizar estas tierras; porque, a la vez que se rompían las montañas para extracción del oro, se iba perdiendo la riqueza arqueológica de los pijaos.

El libro da cuenta de la importancia del oro para los colonizadores españoles y para diversos mineros provenientes de Alemania, Francia, Reino Unido e Italia. Esta memoria nos muestra que hoy el fenómeno busca repetirse con nuevos negociadores transnacionales, quienes generan la misma devastación y desplazamiento.

El autor advierte sobre el papel que históricamente tuvo el clero conservador, el cual, de cierto modo, respaldó y respalda tanto las colonizaciones históricas como las actuales, que provienen de departamentos como Antioquia. Así como advierte, el autor de este libro destaca las formas de resistencia de los pobladores de Anaime, quienes buscaron impedir la entrada de estos nuevos colonos.

El autor no estigmatiza a estos colonos, dado que hubo una integración entre estos y los habitantes de Anaime gracias a ideas liberales que los representaban ambos. De cualquier forma, los colonos iban y van tras el oro, asunto que de algún modo contradice el fortalecimiento de las relaciones entre estos y los anaimunos.

El libro pone de presente, también, momentos dramáticos de la historia de Anaime, como los siniestros que enfrentó por una avalancha causada por el desbordamiento del río, lo que afectó a muchas personas, a quienes, como suele suceder en Colombia, no se les indemnizó y quedaron a la deriva; razón por la que tuvieron que ser asistidos por amigos y familiares. Este relato destaca la sabiduría indígena de los primeros pobladores, quienes se asentaron en territorios específicos, libres de riesgo.

La mirada del autor reúne un panorama objetivo y una experiencia íntima, ya que al ser parte de esta historia, por ejemplo, nos muestra cómo la tradición agrícola de Anaime y Cajamarca ocupa un lugar privilegiado en el país; recordándonos, curiosamente, la importancia de la arracacha, uno de los principales alimentos de la más deliciosa de las sopas bogotanas, el ajiaco santafereño. Con la agricultura de Anaime se cierra la presentación de este libro, dado que ejemplifica de manera idónea la relación población-naturaleza, variable central de esta obra, y recoge su espíritu: la agricultura de Anaime va mucho más allá de la arracacha, en ella se encuentran la diversidad del territorio y la resiliencia de las luchas de su gente.



A modo de presentación

El cañón del río Anaime es una zona de gran riqueza ecológica, paisajística y agropecuaria con la que tengo lazos afectivos muy fuertes. En este libro recojo algunas memorias y percepciones propias y otras de muchísimas personas entrevistadas; en particular, se apoya en una larguísima entrevista que mis padres le hicieron al profesor Jhony Ovalle en 1995, como ayuda para mi curso de Geografía Económica en la Universidad Nacional de Colombia, del cual fui estudiante en aquel año. No pretende ser un libro académico, ni un tratado histórico. Es sobre todo una perspectiva personal de la historia y una recopilación de las interpretaciones recibidas por numerosas personas que han conocido la zona.

Este libro surge como un homenaje a mi padre, quien fue un enamorado de este cañón del río Anaime, donde aprendió a gatear, a caminar y a chiflar sin meterse los dedos en la boca, pues en las labores del campo no se puede chiflar metiéndose los dedos llenos de boñiga y suciedad a la boca. Además de hijo de uno de los fundadores de la zona, fue un líder cívico increíble. Después de que la violencia política de los años 50 lo alejara de la región por tres décadas, regresó para quedarse con sus recuerdos y con prácticamente todos sus planes: retomó la finca familiar con la ilusión de un recién llegado y los recuerdos magnificados por la nostalgia.

Durante su brevísimo tiempo como alcalde del municipio de Cajamarca construyó la plaza de ferias y acabó con la zona de tolerancia en la que se guarecían bandidos buscados en todo el país, además de muchísimas cosas más. En sus años de retorno, impulsó el alumbrado rural y empujó la construcción de la

carretera de la vereda Las Hormas, donde lo recuerdo con maceta y azadón en los convites para mejorar el afirmado de la vía, que se logró hacer después de muchísimos años. Conocía por nombre y familias a más personas de las que yo podría recordar y estas personas lo recordaban a él. Caminar una cuadra con él podía tomar una hora, pues se saludaba con muchísimas personas y con todas compartía noticias; la escena se repetía en los cafés en los que pasaba una tarde o una mañana y los compañeros de mesa iban rotando, trayendo noticias o proponiendo y cerrando negocios.

Mi padre se alegraba con las cosas buenas que ocurrían allí y sufría como propios los dolores de la comunidad, lo enfurecía la tala de los bosques en las zonas de agua y la desidia comunitaria para mantener los bienes públicos y viajaba expresamente para acompañar en los funerales a aquellos que habían muerto por causa de la violencia, así no hubieran sido muy cercanos. Amaba y le dolía esta tierra, no importaba en qué lugar del mundo estuviera, siempre se valía de los recuerdos del cañón de Anaime para describir algún paisaje que fuera hermoso, aunque no tan verde, ni con un clima tan variado y agradable, ni tan cultivado o diverso.

Deseo recalcar que esta historia que presento no se trata sobre los hechos, sino sobre los recuerdos y las interpretaciones sobre la historia. Las sociedades se construyen sobre hechos siempre subjetivos. El objetivo, por tanto, es el de contar la historia de Anaime a partir de las historias que muchísimos entrevistados me contaron, y, por supuesto, de mis propios recuerdos. No busco presentar un estudio historiográfico. Es un libro breve, pues surge de charlas y pretende ser algo que se convierta en una charla en sí mismo o que se lea desprevénidamente. Busco enlazar algunas fuentes bibliográficas con las historias encontradas en varias entrevistas, las cuales mostraron recuerdos envueltos en los sentimientos que evoca contar la historia de una región en la que la vida de los entrevistados se ha desarrollado o, al menos, donde sucedieron eventos significativos. Las entrevistas hacen parte central de la metodología de este trabajo. Para publicarlas, hice la promesa de presentar los relatos de forma anónima, salvo la entrevista original hecha al profesor Ovalle, ya mencionada.

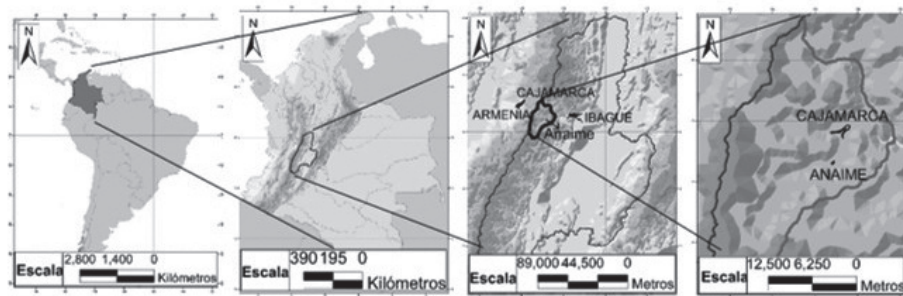
Agradezco a dos auxiliares de investigación que me ayudaron buscando fuentes y elaborando mapas. Ellas son Daniela Torres Ramírez y Valeria Córdoba Sanabria. Este libro es resultado, en buena parte, de muchísimas entrevistas, por lo que agradezco a los entrevistados, en particular a las siguientes personas: Cielo Esperanza Báez Mojica, Nohora Yolanda Rojas Parra, Álvaro Vivas Botero, Clara De la Pava, Camilo Eduardo Londoño De la Pava y Olga Cecilia Castro Rodríguez. Debo agradecer también a Sebastián Guerra por la juiciosa bibliografía que me recomendó tan rápidamente para comprender la inacabable historia de los conflictos en Colombia, sin embargo, debo confesar que finalmente

no la utilicé al decantarme por contar las historias de la gente. Finalmente, pero no menos importante, agradezco a quienes hicieron lecturas previas del documento y que me compartieron sus impresiones e hicieron correcciones, ellos son Ricardo Aguilera Wilches, David Salazar Cuervo, Yolanda Hernández Peña, Jean Paul Metaillie, Françoise Metaille y mi esposa, Sonia Hernández Ocampo.

Historia(s) de Anaime

El río Anaime es uno de los tres ríos que forman el río Coello, uno de los más importantes afluentes del río Magdalena, hace parte del municipio de Cajamarca en el Tolima y se localiza en las vertientes orientales de la cordillera Central del país. El río da nombre al cañón del río Anaime, una zona montañosa de inmensa riqueza paisajística y agrícola. Se localiza en el centro de Colombia, por lo que siempre han confluído caminos que comunican el centro y oriente del país con el occidente y con el océano Pacífico, de hecho, a escasos nueve kilómetros del pueblo de Anaime pasa la carretera Panamericana. En este texto me referiré a Anaime como a la cuenca del río Anaime aguas arriba del punto llamado Puente Hierro.

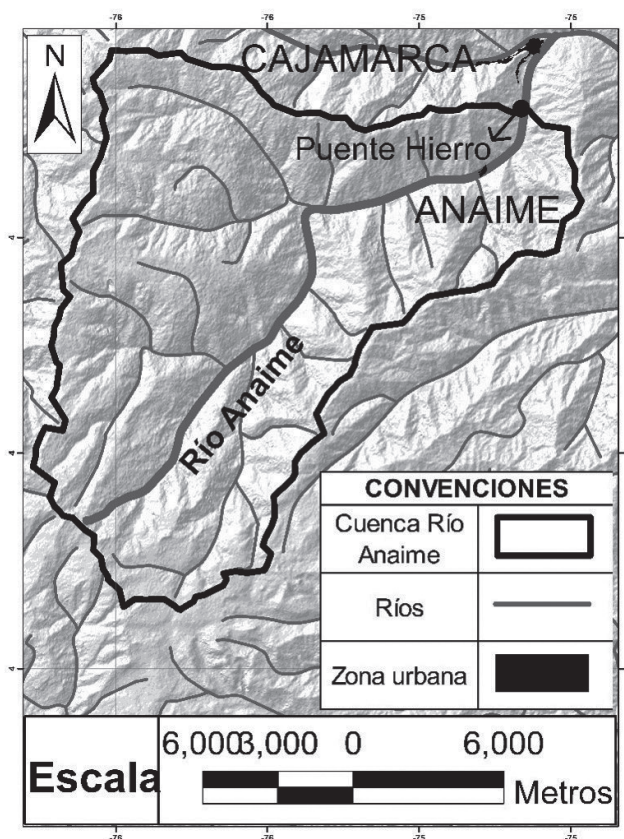
Figura 1. Localización del corregimiento de Anaime



Fuente: elaboración de Daniela Torres Ramírez a partir de DANE (2020).

El cañón del río Anaime está constituido por tierras de ladera de origen volcánico, sumamente fértil, y su altura está comprendida entre 1500 y 3600 m. s. n. m. Con una gran variedad de cultivos y pastizales, la región produce gran cantidad de leche, queso y ganado de engorde; además es una gran productora de cerdos. Sus productos agrícolas son la arracacha, que, según estudios del Ideam, el 90 % de la que se consume en el país tiene su origen en el cañón de Anaime, el frijol, la papa, el maíz, la arveja, la ahuyama, la calabaza, la cebolla cabezona, el cilantro, el pepino de rellenar, el pepino cohombro, el tomate, el pimentón, la curuba, el tomate de árbol, la mora, la fresa, la guayaba, la uchuva, la papaya, el lulo, el plátano, el banano, la naranja, el limón, la mandarina y el café, entre muchos otros (Gutiérrez-Malaxechebarría, 2011).

Figura 2. Cuenca del río Anaime aguas arriba del punto llamado Puente Hierro



Fuente: elaboración de Daniela Torres Ramírez a partir de DANE (2020).



Los pijaos

La región de Anaimé, al igual que los dos flancos de la cordillera Central en esta zona, fue poblada por los pijaos, grupo indígena de origen caribe, quienes enfrentaron fuertemente la avanzada de la conquista española y se caracterizaron por ser grandes guerreros (Velásquez Arango, 2021), por lo que la información que sobre ellos existe es mínima y está marcada por las impresiones que de las luchas se llevaban los cronistas. Suele mencionarse, sin validación, que se caracterizaban por ser caníbales, cazadores, de tendencia nómada, esencialmente guerreros y de instintos feroces y crueles.

Antes de la conquista española libraron fuertes guerras con los pueblos de las tierras bajas, entre ellos los panches, quindíos, quimbayas y coyaimas y, en general, con los llamados pijaos del llano (Velásquez Arango, 2021)¹, guerras que se intensificaron cuando estos pueblos cayeron bajo dominio español, lo que consideraron una traición mayor, particularmente cuando esta incorporación al Imperio español se lograba bajo negociaciones políticas y conversiones al cristianismo.

Valoraban por encima de todo su libertad, por lo que dieron una fuerte lucha a los conquistadores españoles. Se cuenta que, si sabían de una avanzada española, abandonaban sus casas (Velásquez Arango, 2021), las incendiaban y arran-

1 Si bien se asume que los pijaos eran una única etnia, en realidad eran un conglomerado de tribus de un subgrupo de la familia lingüística karib (Cubillos, 1946), que los españoles agruparon en dos grandes subgrupos, de acuerdo con su ubicación geográfica: los pijaos de la sierra y los pijaos del llano (Velásquez Arango, 2021); para más detalle sobre el tema sugiero leer Velásquez Arango (2021). En este libro se usará el término pijao para referirse a los pijaos de la sierra.

caban sus cultivos para evitar que la tropa enemiga los utilizara. También se sabe que cuando mujeres embarazadas eran capturadas ellas mismas se forzaban a abortar, pues preferían que sus hijos murieran antes de vivir en esclavitud, también se ha escrito que cuando grupos numerosos eran capturados y privados de la libertad solían suicidarse de forma colectiva para evitar una vida sometidos (Valencia Barrera y Agudelo Vanegas, 2003).

Los conquistadores españoles intentaron establecer varios fuertes y poblados en la región, debido a su ubicación entre los valles interandinos del Magdalena y del Cauca, lo que facilitaría la comunicación entre los principales núcleos del poder colonial. Sin embargo, la ferocidad con la que los pijaos protegieron su territorio y libertad dificultó el establecimiento de caminos y pueblos durante la conquista y colonia española, lo que obligaba a dar enormes desvíos a quienes intentaban viajar de Tunja y de Santafé (Bogotá desde 1821) a Cartago, Popayán o Quito, las ciudades más importantes de esta parte de los Andes. El paso por este camino se hacía con mucha dificultad, por lo que tenían que agruparse muchos soldados para enfrentar las emboscadas indígenas.

En todo caso, antes del exterminio de los pijaos por los españoles existía una gran actividad agrícola y comercial, por lo tanto, en los lugares donde ellos habitaban se encuentran vestigios de asentamientos y de grandes poblados en los que aún hoy se pueden hallar cerámicas utilitarias e incluso ricos tesoros. También se observan caminos muy antiguos que cruzan el territorio, especialmente para remontar las cordilleras, que son llamados por los campesinos “camino de los indios”. Además de los pijaos, los quimbayas tenían una importante presencia en la zona, lo cual se demuestra porque anteriormente eran frecuentes los hallazgos de cerámica y orfebrería de altísima calidad.

Dicen las leyendas que el antiguo tesoro del cacique Calarcá se encuentra en algún lugar del cañón de Anaime (otras versiones dicen que en Calarma, en Chaparral o en el municipio de Planadas) y son muchas las expediciones que se han emprendido con el propósito de encontrarlo, ninguna lo ha logrado. Es claro que, al haberse acabado con los antiguos habitantes de esta región tan fértil, la selva ha cubierto muchos de los vestigios.

Al no establecerse asentamientos españoles permanentes y al desaparecer los pijaos y —particularmente— su cultura, existe un vacío histórico de unos 300 años. Hacia 1550 la Real Audiencia encomendó a don Andrés López de Galarza para capitanear una expedición contra los pantágoras, grupo indígena guerrero descendiente de los caribes que habitaba en los flancos de la cordillera, y fundar un pueblo intermedio entre las gobernaciones de Santafé y Popayán. Este asentamiento tenía por finalidad controlar el feroz alzamiento de los indios pijaos contra la autoridad española y facilitar la comunicación entre Santafé, Popayán y el Perú. La fundación se hizo en octubre de ese año, en un vallecito en la confluencia de la quebrada Bermellón y del río Anaime (Gutiérrez, 1921) o Anaima (reino de

la princesa Anahi o Anahí, otros dicen que la palabra significa tierra alta), donde existía un caserío indígena. A este lugar se le dio el nombre de San Bonifacio de Ibagué en honor a Ibagué, un antiguo cacique del lugar.

Debido a la ferocidad de los indios pijaos, la quema y el saqueo de la nueva población y a su total destrucción por cuenta de los pijaos en 1551, esta fue trasladada al lugar en el que hoy está Ibagué. En 1602 los pijaos cayeron sobre la nueva población y atacaron el hato del alcalde, nuevamente en 1604 la ciudad fue atacada e incendiada. Ante estos ataques, las fuerzas de los poblados de Tocaima, Ibagué y Cartago se unieron para combatir a los pijaos. El gobernador de Popayán dispuso que su hijo, don Pedro de Mendoza, y su sobrino, don Jerónimo de Figueroa, comandaran las fuerzas de Cartago, a estos los encontraron los indios entre Buga y Cartago y les cortaron las cabezas (Gutiérrez, 1921). La expedición fue un total fracaso.

Durante esta época, además de Ibagué, los pijaos, comandados por el cacique Calarcá, mantuvieron en permanente zozobra las villas de Cartago, Anserma, Buga, Toro, Caloto y Timaná, zonas en las que desataron el terror impidiendo el tránsito y comercio entre Santafé (actual Bogotá) y las provincias de Cali, Popayán y Quito. Después de sus incursiones contra los españoles y sus aliados, los pijaos se internaban en las montañas y destruían sus sementeras para impedir que sus enemigos se alimentaran de ellas.

Hacia 1605 llegó a Santafé el presidente y capitán general, don Juan de Borja, con la misión de exterminarlos; vino con un ejército de los mejores soldados españoles. Luego de aliarse con los coyaimas, muiscas y otros grupos indígenas, adelantó contra los pijaos una feroz campaña (Cubillos, 1946) que terminó con la muerte de Calarcá y siguió con la matanza colectiva y total de los aborígenes (Lopera Gutiérrez, 2003).

Después de la muerte de Calarcá no volvió a saberse nada del pueblo pijao, por lo que se asume que se extinguieron². Las condiciones de desaparición de los pijaos no han quedado claras, como tampoco lo han sido las condiciones en las que murió Calarcá³, pues hay varias versiones: las principales dicen que murió en

2 Si bien en la actualidad existen comunidades provenientes de la etnia pijao en el sur del Tolima, existe el debate sobre si son descendientes de los pijaos que encontraron los españoles o si se trata de otros grupos indígenas que con el tiempo asumieron este nombre, que, si bien la tradición dice que fue asignado por los españoles, en virtud del tamaño de su "pija", parece ser realmente una españolización del nombre calificativo de "pinaos" (Cubillos, 1946). Esta confusión puede deberse a la agrupación que los españoles hicieron de varios pueblos bajo el calificativo de "pijaos".

3 Enumero las versiones más conocidas. Sin embargo, Lucena Salmoral (1962) demuestra, basado en documentación histórica y en reportes del capitán Diego de Ospina, que fue este capitán quien lo mató de un disparo con una bala "entocinada", aun así, el jefe pijao logró huir y su cadáver no fue encontrado. Este autor también menciona que, si bien Calarcá era un guerrero importante, no era el jefe único de los pijaos y que el vencimiento de esta etnia por parte de los españoles no se debió a una gran batalla en la que haya muerto Calarcá, sino a innumerables escaramuzas, al aislamiento y al hambre.

Ibagué a manos del jefe de los coyaimas que al haberse convertido al catolicismo asumió el nombre de Baltazar; la segunda versión dice que murió a manos de un esclavo negro eunuco en cercanías a Chaparral y una tercera, menos creíble y más poética, dice que murió en el actual municipio de Calarcá y que luego de su muerte el cielo se cubrió por una inmensa nube de mariposas multicolores. En ninguna de estas versiones se encontró su cadáver, pues sus guerreros se lo llevaron a un lugar desconocido. En todo caso, luego de la muerte de Calarcá se acabaron las incursiones militares de estos contra los españoles y contra sus aliados indígenas y no se volvió a saber de los pijaos. La tranquilidad ganada por la sociedad colonial fue tal que la punta de la lanza con la que fue asesinado Calarcá se exhibió como trofeo hasta entrado el siglo XX en la Catedral de Ibagué (Lucena Salmoral, 1962) e incluso se le compuso un himno.

Es tanto el misterio alrededor del evento que significó la dispersión de los pijaos, que las dos versiones más creíbles están lejanas en tiempo y distancia; pues las poblaciones de Ibagué y Chaparral se encuentran a unos cien kilómetros en línea recta y el año de los hechos se estima entre 1608 y 1615.

Desde el vencimiento de los pijaos, el tránsito por el Camino del Quindío se hizo activo (Valencia Barrera y Agudelo Vanegas, 2003) y siguió pasando cerca del sitio en el que se encuentra la actual población de Anaime, donde —se dice— existió un lugar de hospedaje, aprovisionamiento de alimentos y pesebreras para caballos, bueyes y mulas. Sin embargo, este camino fue menos frecuentado que el de Neiva y sus condiciones eran peor que malas, por las pésimas condiciones de este y por las dificultades para los viajeros al pasar por una selva despoblada de humanos y llena de innumerables peligros.



El Camino del Quindío

Los pueblos indígenas se comunicaban gracias a varios caminos que remontaban las montañas y permitían conectar los flancos de la cordillera entre sí con tierras más lejanas. Según Lopera Gutiérrez (2003), el origen del Camino del Quindío se remonta a los quimbayas, pueblo vecino de los pijaos, quienes abrieron caminos para comunicarse y expandirse. Debido a que estos caminos tenían varios pasos o tramos en cercanías al nevado del Quindío (hoy sin nieve), desde las primeras crónicas los españoles empezaron a llamar a estas rutas como el Camino del Quindío. Se constituía en una alternativa que tenía el camino real que conectaba Lima con Caracas, de una extensión de unos 3000 km. Este iniciaba en Lima siguiendo el Camino del Inca hasta Popayán.

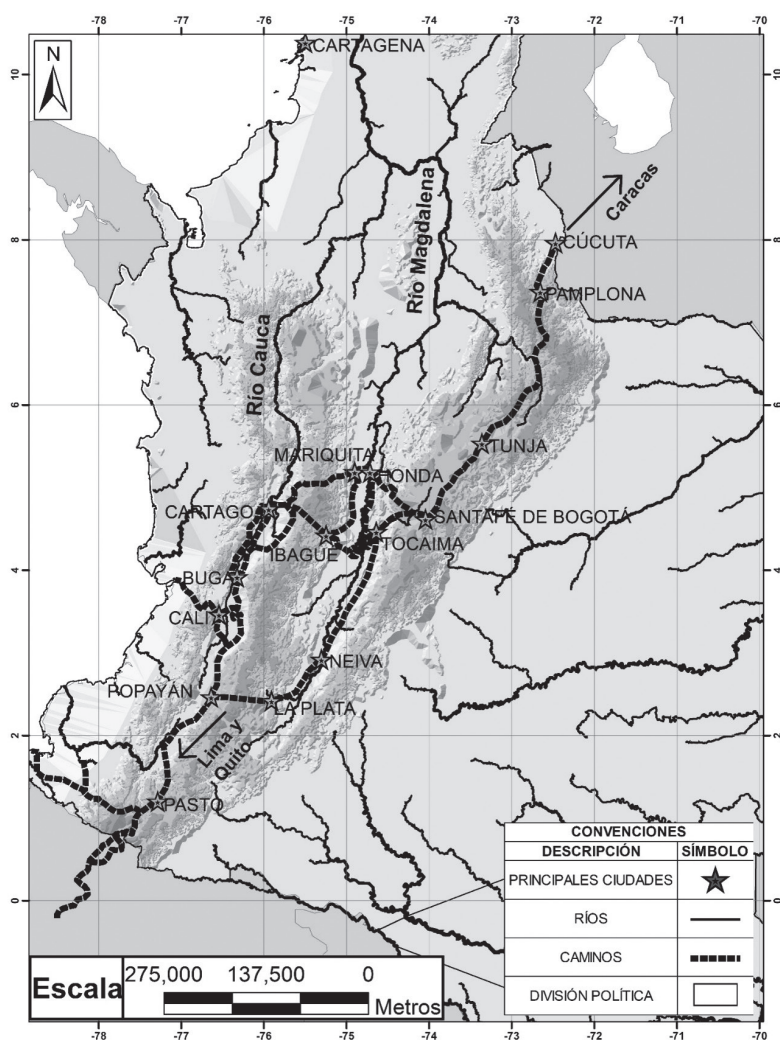
Saliendo de esta ciudad el camino se bifurcaba, un camino seguía hacia el norte pasando por Cali, Buga y el Paso del Quindío, hasta llegar a Honda y Santafé; el otro ramal tomaba hacia el oriente, cruzando las poblaciones de La Plata, Neiva, Tocaima, hasta llegar a Santa Fe. De Santa Fe, nuevamente en un solo camino tomaba al oriente hasta Caracas, pasando por Tunja, Pamplona, Cúcuta y Mérida. (Jiménez, 1989, p. 119)

De esta forma era posible conectar las ciudades andinas de la Nueva Granada con el puerto de Honda sobre el río Magdalena, una de las principales vías de comunicación colonial, y por esta vía con el puerto marino de Cartagena y, así, con el resto del mundo. El viaje entre Cartagena y Honda podía tomar entre veinte días y tres meses.

Entre finales del siglo XVIII y 1810, el Camino del Quindío fue una vía obligada para diferentes actividades: fue vía del gran comercio colonial ganadero

del Valle de Buga y Cartago y de allí a Ibagué; de las mercaderías que llegaban por el río Magdalena hasta Honda con destino a Cartago pasando por Ibagué, de las cargas de oro que salían de Chocó hacia Santafé. También fue el camino de expediciones científicas, como la botánica, dirigida por Mutis y Caldas, o la geográfica, de Humboldt. Fue camino de arrieros, cargueros, viajeros y estafetas del correo virreinal, como también de autoridades civiles y religiosas. Entre 1810 y 1841 el camino fue la vía de las incursiones militares y base para la conformación de la nación recién liberada (Lopera Gutiérrez, 2003).

Figura 3. Principales caminos coloniales



Fuente: elaboración de Daniela Torres Ramírez.

Nota: en el centro se observa el camino de Ibagué a Cartago.

Como se ha dicho, a pesar de la importancia de hacerse al control total de este camino por el poder colonial, esto no fue posible por los frecuentes combates con los pijaos y por la dificultad del terreno fuertemente empinado enmarcado en selvas cerradas. Aun así, el Camino del Quindío fue un camino real de gran importancia durante varios años, comunicó el occidente con el centro del país y, fundamentalmente, el Valle del Cauca con el río Magdalena y con Santafé. La ruta que transcurría entre arcillas y barrancos iniciaba en las tierras cálidas y remontaba hasta más de 3500 metros, su ancho era de cincuenta centímetros y era tan mala que solo era posible transportar mercancías y equipajes por medio de bueyes, mientras que los viajeros acomodados se transportaban cargados a la espalda de indios o mestizos, los demás lo hacían a pie. Es posible imaginar que el camino solo era visible gracias a las huellas que dejaba el paso de los viajeros, cuyo viaje cruzando la cordillera podía durar doce días.

A mediados del siglo XVIII el estado del camino era tan crítico que se afirmaba que este solo se utilizaba en caso de urgencia. Las ciudades de Cartago e Ibagué solicitaban en repetidas ocasiones su mejoría, en particular Ibagué, que aducía que vivía del tránsito que por él se hacía. Cartago ofreció a los mulatos del Valle del Cauca que a cambio de abrir el camino se les daría herramientas, comida, tierras colindantes, una vaca y un toro, además de eximirlos de la tributación del requinto al igual que a sus hijas. A pesar de estas ventajas, la empresa no tuvo éxito. Hacia 1775 Ibagué aprobó la instalación de un poblado en el sitio de Toche donde se proveería hospedaje a los viajeros y se establecerían quienes se dedicarían al mantenimiento del camino, lo cual inició un tímido proceso de colonización de las montañas del Quindío (Acevedo y Martínez, 2005). Estas estrategias buscaban que con el poblamiento del camino se consiguiera mano de obra para su mantenimiento. Sin embargo, este autor menciona que la soledad, los peligros y el bajo tráfico por el camino lo hizo inviable económicamente y desmotivó la colonización de la zona, por lo que en la década de los años 80 de ese siglo el camino fue invadido por la maleza y, por lo tanto, se volvió intransitable.

Es probable que algunos años después el Camino del Quindío hubiera recuperado su tránsito, pues varios viajeros lo describieron haciendo énfasis no solo en las dificultades del viaje, sino también en la belleza de sus paisajes y en la diversidad de la vegetación, uno de ellos fue Alexander von Humboldt, quien mencionó que en él vio algunos cultivos de pimienta y de canela, que la selva era tan espesa que a pleno día el camino era completamente oscuro y que cada tres horas se encontraban algunos claros en los que los animales podían comer pasto, aun así describió un tráfico intenso (Acevedo y Martínez, 2005).

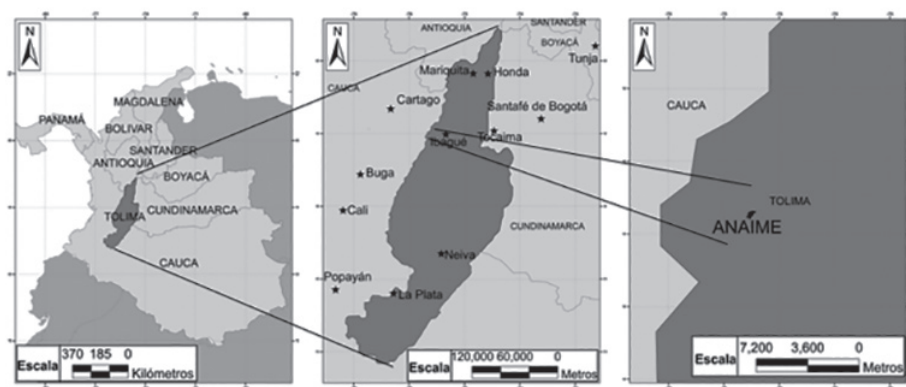
Durante las guerras de independencia este camino fue utilizado por las tropas libertadoras y por las realistas, a pesar de su mal estado, gracias a que acortaba la distancia entre Popayán y Santafé. Simón Bolívar, que pasó por allí con el Ejército libertador a inicios de 1830, mostró su preocupación por el estado del camino y la necesidad de mejorarlo.

Se le dio el título de “camino nacional” al Camino del Quindío a partir del 1 de junio de 1835 a raíz de la ley emanada en el Congreso de la Nueva República, la que declaraba caminos nacionales a los que conducen de Bogotá a Buenaventura por la montaña del Quindío (Zuluaga Gómez, 2010). Posteriormente se emitieron decretos para su apertura y mantenimiento. En 1842 en el flanco occidental de la cordillera, a orillas del río Quindío se estableció la colonia penal de Boquía con presos de todo el país, el Gobierno ofreció doce fanegadas de tierra a quienes se establecieran en cercanías a la colonia penal sobre el Camino del Quindío, esto, unido al hecho de que se trataba de presos francos, hizo que esta colonia atrajera a nuevos pobladores, logrando que ya en 1844 Boquía se estableciera como parroquia.

En 1844, el Gobierno nacional le da un nuevo impulso a este camino con dineros públicos al ordenar la creación de penitenciarías, tambos y posadas. Les daba salarios, tierras, herramientas e insumos a quienes abrieran el camino y tumbaran la montaña (Rojas Arias, 2019). Aun así, las mejoras del camino y la colonización en sus alrededores fueron muy lentos. En 1857 el viajero Isaac Holton anotaba que esa vía estaba siendo reparada por presidiarios y que era tan lamentable su estado que parecía increíble que dicho camino tuviera más de doscientos años (Acevedo y Martínez, 2005).

A pesar de sus dificultades, este camino fue sumamente importante para la configuración del país, pues permitía articular “todo el eje comercial y político de una región, sirvió de guía de migraciones y colonizaciones y abrió la frontera agrícola con la repartición de baldíos en sus laderas” (Acevedo y Martínez, 2005, p. 34). Asimismo conectó a importantes estados soberanos: el del Cauca y el de Antioquia. Las guerras entre estos estados dieron un nuevo impulso al camino.

Figura 4. Localización del corregimiento de Anaime en el mapa de los Estados Unidos de Colombia



Fuente: elaboración de Daniela Torres Ramírez.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las guerras civiles siguieron desangrando al país. Los estados de Cauca (liberal) y Antioquia (conservador) se enfrentaron muchas veces. El tránsito de tropas era muy difícil por la inseguridad de los caminos nacionales y comenzaron a explorar otras rutas, detrás de ellos transitaban los cacharrereros y comerciantes que contribuyeron a que esas trochas se convirtieran en caminos e hicieron descender el eje vial por Anaime y Roncesvalles (Lopera Gutiérrez, 2003). Estos cambios impulsaron a muchos colonos a instalarse en sus alrededores y comerciar sus productos con los ejércitos, fue especialmente importante el comercio de cerdos para alimentar a los ejércitos.

Esta zona se siguió poblando con oleadas de migrantes de Nariño, Santander, Tolima y, principalmente, de Antioquia, quienes finalmente encontraban en las selvas del Quindío⁴ unas tierras fértiles y libres donde podían vivir de la agricultura, del comercio —con los viajeros que aumentaban en número— y de la explotación de las abundantes minas de oro de la región, también fue importante el movimiento de los “guaqueros”, quienes llegaron buscando los tesoros de las tumbas indígenas.

Como se ha dicho el principal Camino del Quindío comunicaba a Ibagué con la colonia penal de Boquía, pasando por los caseríos de Toche y Salento, ubicados a lado y lado de la cordillera. Sin embargo, este tenía algunas rutas alternativas. Una de ellas era más corta, pero de peores condiciones (“camino de cazadores”): el camino de Anaime. El camino arrancaba de Ibagué a través del río Coello —en el caserío que hoy tiene ese nombre—, seguía por la cuchilla del Tambo, contaba con un asentamiento en el sitio llamado Grano de Oro, pasaba por un lugar denominado Montebello en la cuchilla Pelahuevos⁵ y seguía por el sitio llamado La Plata hasta llegar a Anaime. Allí cruzaba el río del mismo nombre hasta el lugar llamado El Cajón, en la confluencia de la quebrada Carrizales, y, por la orilla izquierda de esta quebrada, subía hasta el cerro El Campanario sobre el lomo de la cordillera Central, en cercanías de La Línea; de ahí descendía por la vertiente occidental de la cordillera Central, pasando por donde hoy se encuentra Calarcá y Armenia, para terminar en la ciudad de Cartago, donde se enlazaba con la navegación del río Cauca para remontarse hasta Popayán o descender hacia las costas del mar Caribe.

Los escasos núcleos humanos eran negocios relacionados con el tránsito de viajeros, fondas, que se fueron convirtiendo en impulsores de nuevos núcleos

4 Recordemos que esta región se refiere a las tierras ubicadas en los alrededores del nevado del Quindío, a ambos lados de la cordillera y a la cuenca hidrográfica del río del mismo nombre y no al departamento que hoy lleva su nombre.

5 Al nombre de Pelahuevos se le dan dos orígenes, uno dice que después del agotador ascenso los viajeros paraban a descansar y comer algo, entre ellos huevos duros que llevaban para el viaje, los cuales se pelaban ahí, y el otro se le atribuye al efecto que la empinada cuesta generaba sobre la anatomía de los viajeros, particularmente de los que iban a caballo.

urbanos. Los nuevos colonizadores del siglo XIX encontraron toda la región del río Anaime cubierta de selva y unos pocos asentamientos de indios “mansos” que rápidamente se integraron al nuevo ritmo de vida.

Cabañas y sitios se encuentran referenciados por distintos viajeros y van mostrando la animación que se fue generando a lo largo del Camino Nacional, el cual siguió abierto con muchas dificultades, hasta que la ruta por Anaime y Zarzal marcó nuevos trayectos. En ese proceso sobre el camino nacieron Salento, Filandia (1878) y Circasia (1884) (Valencia y Alberto, 2003), que estaban débilmente conectados entre sí y para los que resultaba vital construir la unión con Ibagué, que debía pasar por Anaime.

A medida que algunos poblados se alejaban del comercio exterior y, en menor medida, del comercio interior, fueron decayendo, mientras que los que quedaron en los ejes de los trayectos comerciales se fueron fortaleciendo. Así cobraron importancia los pueblos de Calarcá —con la vía por Anaime—, Armenia —con la vía al Valle del Cauca— y Montenegro —por su producción de oro— (Lopera Gutiérrez, 2003).

Figura 5. Camino del Quindío



Fuente: Francel (2017).

Este camino de Anaime también derivaba en el punto El Cajón por todo el cañón del río Anaime hasta el páramo de Anaime y continuaba por donde hoy están los poblados de Santa Helena, Roncesvalles y Barragán, para, de esta forma, descender a Buga y a todas las ricas tierras del Valle del Cauca. Según algunos entrevistados, por donde pasaba el camino se han encontrado vestigios de edificaciones antiguas, ollas de cobre y vasijas de porcelana belga de la época.



Los primeros años

La colonización se produjo a partir de la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de la explotación minera adelantada por mineros venidos de Antioquia. La región es inmensamente rica en oro y plata, como lo comprueba el hecho de que, en la Oficina de minas del departamento del Tolima, en la década de los 90 aparecían inventariadas más de trescientas minas de oro en la región del río Anaime⁶ y el megaproyecto aurífero de La Colosa, que ha sido detenido por la consulta popular realizada en 2017.

La colonización de esta zona se fue dando poco a poco y de forma espontánea y paralela a la actividad que iba tomando el Camino del Quindío, particularmente a través de su variante por Anaime. Se ha dicho que la colonización de

6 En el esquema de ordenamiento territorial del municipio de Cajamarca, realizado en el 2000 (Alcaldía Municipal de Cajamarca, 2011), se encuentran localizados nueve títulos mineros otorgados por el Ministerio de Minas y Energía, de ellos, seis son para exploración y tres están en trámite. Más recientemente, en las décadas de 2000 y 2010, se ha concesionado más del 70 % del territorio tolimense para exploración minera, petrolera y gasífera (Martínez Rivillas, 2014). Entre las minas más destacables de esta década se encuentra *el proyecto* La Colosa en Cajamarca, en el mismo municipio en que se localiza Anaime y a pocos kilómetros del cañón del río Anaime, allí se pretende explotar un yacimiento aurífero con 26,8 millones de onzas de recurso inferido; ubicado a 14 km del casco urbano de Cajamarca, “articulándose con los numerosos títulos mineros que tiene AngloGold al interior de la Reserva Forestal Central; los cuales hacen parte del denominado Distrito Minero Anaime- Tocha, con influencia hasta el Valle del Cocora (Quindío). La eventual explotación aurífera en la región amenaza con destruir ecosistemas estratégicos (páramo, subpáramo y bosque altoandino), contaminando las fuentes de aguas de la región, comprometiendo el suministro hídrico para usos domésticos y agroindustriales y, por esta vía, amenazando la permanencia de las comunidades en esos territorios” (OCA y Universidad Nacional de Colombia, 2005).

antioqueños en esta región fue tardía, pues ya los primeros colonos de ese origen habían ocupado las tierras del actual departamento del Quindío, del norte del Valle y parte del Chocó. El Gobierno del Estado Soberano del Tolima, con fuerte poder político de los liberales, mantenía vigiladas las fronteras para impedir la entrada de antioqueños (particularmente de los conservadores), pues representaban un peligro político. Expertos entrevistados mencionaron que en la cordillera del Norte del Tolima entraban colonos antioqueños en hordas fanatizadas y manipuladas por la clerecía, desplazando a los moradores (generalmente liberales) en unas verdaderas cruzadas de inquisición.

Antes de continuar deseo describir de forma muy superficial y general cómo eran en aquella época los estados del Tolima y de Antioquia, para, así, poder comprender mejor las fuerzas sociales o imaginarios políticos que más actuaron sobre la creación de Anaime. Estas descripciones surgen de una interpretación personal, por lo tanto, subjetiva, de varios documentos, de charlas a las que he asistido, entrevistas y, en general, de una comprensión propia, por lo que no cito autores a riesgo de malinterpretarlos. Por lo superficial de las descripciones se dejan de lado matices y aspectos muy importantes, solo busco contextualizar un poco.

En ese momento la escasa población del Tolima se ubicaba principalmente en las secas y cálidas tierras del valle del Magdalena y se dedicaba a actividades de ganadería extensiva, con unas élites locales, no regionales, que no tenían influencia sobre todo el Estado. Élites que en su mayoría eran liberales y que, por lo tanto, mantenían una tensa relación con las autoridades católicas (particularmente al norte del mismo, que ha sido la zona más rica de la región).

Es decir, se trataba principalmente de una sociedad pastoril, casi feudal, con pobres relaciones de vecindad y, por lo tanto, sin identidad regional ni relaciones de solidaridad territorial, pues los vecinos se encontraban a grandes distancias sobre esos valles secos y amarillentos. Para visualizar cómo funcionaban las cosas, basta imaginar que hasta inicios del siglo XX algunos hacendados recorrían sus tierras en andas, es decir, en una silla que era levantada por algunos peones, y que existía el derecho de pernada, es decir que, por derecho, el hacendado podía exigir “proveer” la primera relación sexual de las hijas de sus peones. En teoría, este “derecho” era, incluso, deseado por las familias sometidas, pues tener un hijo o nieto del patrón mejoraba el estatus de las familias; estatus simbólico, dado que esto no mejoraba la situación material, ya que en aquella época los hijos ilegítimos no heredaban y sus padres no tenían obligaciones legales con ellos (las actas de bautizo del Tolima de la época están repletas de hijos no legítimos de fulano y fulana, lo que quiere decir que era común asumir la paternidad, lo que no implicaba más que el reconocimiento). Había pocos focos de desarrollo económico vibrante, las pocas excepciones las constituían la minería (principalmente al norte) y el comercio sobre el río Magdalena. Una excepción importante la constituía el cultivo del tabaco en Ambalema, enorme generador de riqueza y atractor de inmigrantes y de capital (Escobar, 2011).

El poder estaba asociado a unos pocos latifundistas, muchas veces con terrenos adquiridos por sus ancestros desde la colonia, o por adjudicaciones en los primeros años de la república sobre los antiguos resguardos indígenas; las diferencias raciales y económicas eran marcadas. Si bien había blancos pobres, era difícil encontrar gente de rasgos indígenas rica o, al menos, con reconocimiento social. Los llanos eran inmensos y pobremente poblados y atravesados por ríos que bajaban de la cordillera. Los pobres podían tener pequeños terrenos dentro de las grandes haciendas o en las islas y vegas de los ríos poblados de muchísimos peces (Escobar, 2011; Meertens, 2000). Es fácil imaginar que, por la enormidad de sus tierras y la riqueza natural derivada de la caza, la pesca y las frutas, no se vislumbró la necesidad de ampliar la frontera agrícola. Sin embargo, en una sociedad con rangos y estatus tan antiguos, seguramente el ascenso económico y social (que probablemente no iban de la mano) era muy limitado y estaba reducido a las actividades del comercio sobre sus principales ejes: el río Magdalena y el incipiente Camino del Quindío.

Por su parte, Antioquia, que si bien era un estado rico y con poder político, no solo regional sino nacional, estaba sobrepoblado en las zonas más tradicionales y las condiciones materiales de sus habitantes eran de las peores de todo el país, por ejemplo, algunos textos dicen que era escasa la ingesta de carne y el uso de calzado. Su poder económico se sostenía principalmente en la minería, que por definición no genera desarrollo local y que se encontraba aislada entre montañas (aun hoy comparte con el río de la Plata y el Valle del Cauca el arcaico y hermoso uso del vos como segunda persona). En esas montañas la población crecía de forma acelerada sin encontrar posibilidades en un terreno que por su aislamiento, topografía y calidad de los suelos era limitado. Era una sociedad fuertemente católica, en donde el poder eclesiástico y civil iban de la mano y se legitimaban el uno al otro. Existía el imaginario de la raza antioqueña; blanca, católica y muy trabajadora (Escobar, 2011).

Es probable que su aislamiento y pobreza material los haya motivado o, más bien, obligado a salir de su territorio original, buscando minas, tierras de cultivo y comercio, una opción generadora de riqueza más efectiva que la producción agrícola. En esta región, por las condiciones ya mencionadas, existían fuertes lazos vecinales, identitarios y de solidaridad entre los habitantes. Las diferencias raciales no eran tan marcadas como en otras zonas del país (evidentemente este imaginario dejó de lado a las poblaciones indígenas y a los negros, que no se consideraron parte de esta “raza antioqueña”) y, al menos en teoría, la minería y el comercio facilitaban el ascenso social en una sociedad con unas costumbres muy homogéneas. Estas costumbres de relacionamiento entre sí fueron trasladadas a las zonas a las que fueron expandiéndose en los procesos de colonización, donde claramente el orden privado y público era mayor, gracias a la solidaridad y disciplina colectiva (Escobar, 2011).

Esta expansión antioqueña sobre tierras vírgenes fue motivada, por un lado, por la necesidad física de los pobladores de buscar otros territorios donde poder prosperar y, por otro, por las mismas necesidades de la nueva república de poblar su territorio, a la vez que se cerraba a la inmigración extranjera. Esta colonización de nuevas tierras fue impulsada por el Estado y desarrollada tanto por campesinos pobres y sin tierra como por inversionistas, quienes contaban con los medios económicos para llevar obreros y materiales que les permitieran fundar nuevos asentamientos.

Los antioqueños que llegaron tardíamente a Anaime fueron acogidos con beneplácito, pues la mayoría eran desplazados políticos por sus ideas liberales, afines a las del Tolima, y se les dio acogida como refugiados. En su mayoría, fueron considerados como una buena influencia por los tolimeses, gracias a su carácter fuertemente católico y a que, en general, tenían la tez más clara que quienes habitaban en el valle del Magdalena, dos criterios que para la época definían a la gente de bien; blancos y católicos. Sin embargo, en sus inicios no llegaron a colonizar sino a dedicarse a la explotación de las minas y a la agricultura de subsistencia y realizaron una epopeya de solidaridad admirable. También hubo colonos de origen tolimese, no obstante, estos eran muchos menos. De acuerdo con la entrevista hecha al profesor Ovalle en 1995 la fundación de los primeros colonos en Anaime se hizo de la siguiente forma:

Escogieron las minas y se las adjudicaron entre distintas familias junto con los terrenos adyacentes. Aserraban las maderas y construían una casa entre todos por el sistema que llamaron “mano prestada” o “peón vuelto”, así construían una vivienda para una familia y, una vez edificada, se construía de forma comunitaria la vivienda de la familia que había ayudado a la primera o de las demás familias. Descuajaban montañas (talaban la selva) a sus alrededores y sembraban cultivos de pancoger, como maíz, trigo, frijol, arracacha, papa, arveja, ahuyamas, calabazas, cidras (guatila o chayote), repollos y cilantro. Los primeros asentamientos fueron a orillas del río Anaime, pues sus arenas aluviales contenían gran cantidad de oro, el cual empezaron a explotar por el sistema de “barequeo”. La cacería les brindaba carne en abundancia, pues eran comunes animales como dantas, venados, borugos, guatines y, muy especialmente, los cafuches, zainos o pecaríes (cerdos salvajes). Poco a poco los recién llegados decidieron establecerse allí definitivamente. Como las tierras del cañón de Anaime son de gran fertilidad y eran vírgenes, las cosechas fueron tan abundantes que hacían sembrados de maíz, calabazas y ahuyamas y ahí soltaban a los cerdos, para que se alimentaran directamente de las plantas. A esos sembrados confluían *pecaríes* salvajes, que engrosaban sus piaras y se cruzaban con los cerdos domésticos, estos entraban a hacer parte de su patrimonio una vez capturados y domesticados. (Ovalle, J. Comunicación personal, octubre de 1995)

La minería era muy jugosa y la ganadería y la agricultura fueron progresando en gran forma, lo cual provocó explosión de riqueza y generó la necesidad de vender los productos del lugar y aprovisionarse de mercancías en las ciudades más

próximas. Así, el camino del cañón de Anaime recobró fuerzas. En el año de 1867, don Jesús María Ocampo⁷, apodado “Tigreros” y posterior fundador de Armenia, se estableció en Anaime, que por aquel entonces llamaban Ibagué Viejo, con una casa-tienda, que daría origen a la población de Anaime. Ante la fuerza económica de la región, que se constituyó como paso obligado entre el Tolima, Cauca y Antioquia y que ya era grande por sus riquezas y por la influencia de los pobladores, muchos de origen de familias cultas, el Gobierno del Estado Soberano del Tolima concedió a los moradores veinte mil hectáreas de tierras baldías en un pleito con un gran inversionista (Escobar, 2011). Esto tuvo como inspiración principal el fortalecimiento y la protección del Camino del Quindío. Parecía que, por fin, atravesando la alta cordillera Central se podrían interconectar los dos ricos valles interandinos de Magdalena y del Cauca y las importantes ciudades de las cordilleras Oriental y Central.

En Anaime se consolidaba el dinámico cruce de personas a ambos lados de la cordillera, evidenciado en los actos cotidianos. En los libros de matrimonios de la Catedral de Ibagué (Matrimonio de Jesús María Ocampo y María Arcenia Cardona, 1880) se ve que el 30 de agosto de 1880 Jesús María Ocampo, uno de los fundadores de Anaime y de Armenia, quien había nacido en el actual departamento de Caldas en el flanco occidental de la cordillera, se casó con María Arsenia Cardona en Ibagué, en el flanco oriental. Escobar (2011) cuenta cómo, ese mismo año, Anaime fue erigido como aldea, gracias a la acción colectiva de sus pobladores; cien personas firmaron un memorial en el que manifestaban que allí vivían ya más de 2500 personas y solicitaron la protección de sus tierras por parte del Estado, para evitar la pérdida de ellas por parte de privados, a cambio de levantar un nuevo pueblo en el que se agruparía un crecido número de pobladores. El Gobierno del recién fundado Estado Soberano del Tolima, “interesado en fomentar el surgimiento de poblaciones nucleadas, respondió favorablemente a la petición de los colonos, enviando a un agrimensor en 1881, y se opuso a las pretensiones” de un privado que reclamaba tres mil hectáreas en la zona.

Estos procesos de colonización y de su consecuente expansión económica fueron el camino hacia el ascenso social de innumerables personas y familias que, de otra forma, habrían quedado estancados en unas sociedades prejuiciosas y de estructura colonial.

En 1881, Julio Liévano, el agrimensor designado, encontró que muchos propietarios contaban con escrituras otorgadas por supuestos agrimensores oficiales y ventas de propietarios anteriores. Sin embargo, nada de esto era oficial, pues los terrenos seguían siendo propiedad de la nación. Él presentó un informe en

⁷ También se menciona que Anaime fue fundada por Jesús María Ocampo y por Anacleto Londoño.

que mencionaba que la zona estaba densamente poblada y que contaba con un importante desarrollo económico, lo cual había sucedido sin la intervención del Estado (Escobar, 2011).

Liévano halló pobladores, de acuerdo con Escobar (2011), en diferentes lugares con sembrados de maíz, trigo y dehesas de ganado (seguramente, entre otros). También había algunos dueños de haciendas con “labranzas considerables”. En el punto de “Las Hormas” (donde fue finalmente ubicada la cabecera del poblado) los habitantes habían:

Principiado trabajos para levantar una capilla y una casa destinada para escuela. Así mismo, todos los caminos habían sido abiertos por la iniciativa de los pobladores sin intervención del Gobierno. Algunos de ellos trataron de negociar con el agrimensor para que designara su zona de habitación como la cabecera del poblado y ellos a cambio se comprometían a hacer un nuevo camino de Ibagué al Cauca. En general, el agrimensor elogiaba la iniciativa, disciplina y espíritu trabajador de los habitantes de la región que por su cuenta habían desarrollado un activo comercio con el Cauca y con Antioquia, y con ello habían conseguido aumentar el intercambio entre el Tolima y aquellos dos estados. (Escobar, 2011, p. 140)

El camino al cual hace referencia era muy importante, pues si bien ya en la década de 1860 Agustín Codazzi había recomendado trazar el Camino del Quindío por la depresión que se encontraba en Anaime, el Estado no había intervenido en ella. Los mismos anaimunos habían creado un “camino de cazadores” que permitía que el viaje de Ibagué a la hoya del Quindío demorara solamente cuatro días en lugar de los seis que tomaba por el camino tradicional, por Salento (Escobar, 2011). Esto muestra algunas mejoras en el camino tradicional durante aquellos años, pues recordemos que las primeras menciones al inicio del siglo XIX decían que la travesía tomaba doce días.

Gracias a su erección como aldea, Anaime, que había prosperado y contaba con cierto orden al margen de las lógicas estatales, debió someterse a la autoridad estatal que aducía:

Mayor racionalidad que el orden establecido por los particulares; razón por la que fue erigido como corregimiento de Ibagué, ciudad para la que era importante mantener el control sobre esa zona que tenía una gran riqueza agrícola y minera y además estaba ubicada en un lugar de paso importante hacia el occidente, lo que auguraba un próspero futuro. (Escobar, 2011, p. 140)

Fue tal su dinamismo económico e importancia que fue el único corregimiento de Ibagué durante el siglo XIX.

Esto no fue bien tomado por los habitantes de la zona, pues para Anaime, Ibagué (que quedaba a una jornada a caballo por malos caminos) “representaba la autoridad impuesta y en cierta medida un obstáculo a su desarrollo” (Escobar,

2011, p. 141). Que había venido dándose por iniciativa propia y sin apoyo estatal. Los corregidores, impuestos desde Ibagué, eran más bien “ajenos a los intereses de los anaimunos por lo que no eran muy respetados” (Escobar, 2011, p. 141).

Los primeros registros de bautismos son de 1888 y constan en el “libro bautismos perteneciente a los caseríos de Anaime y Florencia”, Parroquia de Ibagué (Diócesis de Cajamarca, s. f.). Estos documentos dan una idea del tamaño poblacional y del rápido crecimiento que hubo. El 29 de enero de 1888 se hicieron los primeros bautizos: 38 en total, el día siguiente 23 bautizos y el 31 de enero solamente 5. Todos fueron de niños nacidos el año anterior (1887). Seguramente esta gran cantidad de bautizos atrasados fueron ocasión de grandes fiestas en el pueblo. El cura administrador, José Benito Salazar, debió descansar de sus casi 70 bautizos y volvió a bautizar recién el 19 de febrero de ese año, el último bautizo del año 1888 se hizo el 12 de noviembre, para un total de 201 bautizados ese año.

Aparentemente, no hubo más bautizos durante cinco años, pues el siguiente bautizo se registra el 27 de diciembre de 1893. Ese día, el cura Julio Barreto R. bautizó a siete niños, todos nacidos recientemente. Lo que nos deja la duda acerca de qué pasó durante esos cinco años y en dónde se bautizaron los niños nacidos en ese periodo. Nuevamente hay un periodo sin registros y es recién el 28 de diciembre de 1894 que se registran quince bautizos, seguidos de ocho bautizos el día siguiente. Pero fue recién el 17 de abril de 1895 que se vuelven a realizar bautizos, esta vez, por el cura Juan M. Restrepo.

Se sabe que la población siguió aumentando y que Anaime crecía económicamente y en importancia. “Según cálculos del periódico ibaguereño La Tregua, en 1896 Anaime tenía 6000 habitantes, mientras que ‘el marco de la ciudad de Ibagué’ tenía unos 8000” (Escobar, 2011, p. 145). Sin embargo, estos intervalos de tiempo sin bautizos generan grandes dudas. Algunos entrevistados mencionaron que los sacerdotes no eran muy queridos en la población debido al carácter liberal de la mayor parte de la población, que si bien podía considerarse anticlerical, era marcadamente católica, razón por la que la iglesia fue construida fuera del marco de la plaza y mantenida de puertas abiertas sin haberlo consultado con la Iglesia Católica, que era fuerte aliada del partido conservador, la cual seguía abierta aun en los largos periodos sin cura párroco.

Sin embargo, esto no aclara las dudas de cómo se resolvieron los principales sacramentos católicos durante los periodos en los que no se contaba con un cura párroco. Probablemente, su carácter de punto de comunicación entre el centro y occidente del país permitió que los bautizos y matrimonios de quienes tenían los medios para viajar se hicieran en Ibagué, como el de su fundador, o en las poblaciones ubicadas al otro lado de la cordillera. Hay que recordar que en aquel momento el límite de las parroquias definía el de los municipios y que la ciudadanía, a falta de registro civil, se basaba en las fes de bautismo.

Los anaimunos, conocedores de la excelente ubicación de la zona y del potencial que implicaba articularse con el resto del país, habían iniciado además otro camino que comunicaba hacia el Valle del Cauca, pasando por zonas de páramo hacia los valles de Santa Helena, en el actual municipio de Roncesvalles, y —por allí— hacia Tuluá. En 1897, le solicitaron al Concejo de Ibagué algunos recursos para ampliar el camino que llevaba al Quindío y convertirlo en un verdadero camino de herradura trabajando ellos mismos y aprovechando que del otro lado de la cordillera el municipio de Calarcá había ofrecido financiar la mitad del camino. Sin embargo, el Tolima no podía financiar esta obra, pues desde 1893 se le había dado el contrato a un particular y, a pesar de que no se había ejecutado, no podía cancelarlo (Escobar, 2011).

Esta misma autora (Escobar, 2011) dice que los roces entre Ibagué y Anaimé eran constantes al enviar Ibagué inspectores que no eran de la zona y al negar la financiación de obras públicas, como una escuela de señoritas o el camino al Quindío. Los roces se incrementaban al hacer comparaciones entre el rápido progreso y desarrollo de Anaimé, que por su propia cuenta había establecido relaciones con el Cauca y Antioquia, con el estancamiento de las poblaciones tolimenses más antiguas o con la incapacidad mostrada por los ibaguereños de colonizar sus propias montañas. Si bien, la colonización no fue exclusivamente antioqueña, la identidad de la zona rápidamente se soportó en un imaginario de la superioridad de los antioqueños (y de su “raza paísa”) sobre los tolimenses. Estas pugnas fueron violentas y en algunos casos humorísticas. Para el caso, Escobar (2011) cita una anécdota de la época “preguntábale yo a alguno por qué en Antioquia todos los ríos tienen puentes y en el Tolima hay que vadear o nadar, y contestome el tolimense: ‘no ve Ud. las cosas claras, los antioqueños no saben nadar’” (p. 144).

En esta zona había enormes bosques de palma de cera, los que rápidamente fueron menguados, al desarrollarse algo así como una cultura de la palma, con los troncos abiertos de las palmas se hacían canales, paredes, cercos, corrales, empalancados (para sortear los barrizales de los caminos e incluso tejas improvisadas).

Las construcciones tenían mucha gracia, las viviendas se acogían a la típica estructura antioqueña de viviendas en L, rodeadas de corredores adornados con flores. Las paredes podían ser de bahareque o madera y los techos en astillas de madera. Había muchos puentes en madera techados de la misma manera. Muchísimos años después estos techos fueron cambiados por techos de zinc y posteriormente los puentes fueron derribados para dar paso a puentes de concreto.



La guerra de los Mil Días y los años posteriores

Anaime y Líbano eran poblaciones ubicadas en el Tolima cuyo imaginario se soportaba en el origen antioqueño y el carácter liberal de sus habitantes, por lo que era de esperarse que estas poblaciones tomaran el bando de los liberales en sus luchas contra los conservadores.

Los hacendados de Anaime eran liberales y habían logrado rápidamente un fuerte desarrollo económico, sin ayuda del Estado, estos se aliaron con los liberales del Tolima para evitar que los conservadores, con fuerte presencia en Ibagué a finales del siglo XIX, tomaran el control en la zona, dado que la llegada de un nuevo Gobierno conservador podía implicar la destrucción de lo que ellos habían logrado sin apoyo estatal. “Los grupos armados liberales que se formaron en Anaime al comienzo de la guerra podrían verse entonces como ejércitos privados” (Escobar, 2011, p. 239) que los protegían de un Estado conservador, además, estos ejércitos propios “aseguraban el comercio de productos agrícolas de las haciendas, que se vendían principalmente en el Cauca y Antioquia, y, también, mantenían en buen estado los caminos” (Escobar, 2011, p. 239).

La existencia de ejércitos privados explica la imposibilidad de encontrar información sobre los generales de la guerra de los Mil Días, que muchos anaimunos y tolimeses reconocen como sus antepasados. Aquí debo mencionar al general Daniel de la Pava, quien junto a un hijo murió en combate contra ejércitos conservadores en la finca La Fortuna durante la guerra de los Mil Días. En este mismo lugar hubo siglos atrás un fuerte enfrentamiento entre los ejércitos españoles y los indígenas pijaos.

Otra anécdota que muestra el nivel de odio durante esta época lo encuentro en mis propias historias familiares, las cuales cuentan que el general Góngora y otros generales liberales de la zona plana del Tolima entraban a las iglesias para que sus caballos tomaran agua en las pilas de agua bendita. Estos generales eran católicos, pero luchaban contra los ejércitos conservadores y por lo tanto contra la curia que los respaldaba económica y espiritualmente.

El apoyo, que inicialmente fue voluntario, pronto se volvió obligatorio mediante el aporte de dinero o ganado y con el reclutamiento obligatorio de los varones entre doce y sesenta años, constituyéndose en un impuesto de guerra. A los soldados solo se les daba alimento, a cambio, como no se les pagaba, se les permitía robar y saquear (se les daban las uñas libres, según relato de uno de los soldados en su interrogatorio). Se protegía a quien pagaba o se robaba, azotaba o golpeaba a quien no lo hacía. Práctica que parece idéntica a la vivida entre los años 90 y 2000. Se normalizaron y extendieron tanto estas prácticas, que incluso los propios hacendados que habían apoyado a estos grupos en su inicio y las familias establecidas que proveyeron a los primeros generales fueron convertidos rápidamente en víctimas de los mismos. Los robos por parte de las tropas a quienes pasaban por los caminos estaban a la orden del día, se menciona el robo de prácticamente todo: ganado, bestias, huevos, papas, quesos, arepas, etcétera (Escobar, 2011).

Los ejércitos liberales que en su inicio fueron promovidos por los mismos pobladores, por el uso de la fuerza, se convirtieron en verdugos de la población.

Este terminó castigando a los mismos que en principio le dieron su apoyo, por ejemplo, a José María Arellano, hacendado que en principio había financiado a las bandas armadas liberales de Anaime, le dieron una golpiza en octubre de 1902, y no lo mataron, según reportaba el corregidor de Anaime, porque “una infinidad de señoras” lograron protegerlo. (Escobar, 2011, pp. 242-243)

Arellano era el hombre más rico de la región y según me contó mi padre, mi abuelo, que le ayudó con la contabilidad, le contabilizó más de veinte mil cabezas de ganado. Es decir, no se trataba de un liberal cualquiera.

Si bien, en un principio los jefes de los ejércitos liberales buscaban el triunfo de su partido y de sus ideales, actuando en consonancia con los otros ejércitos, rápidamente se enterraron en pugnas internas. Se cuenta que en Anaime había al menos cuatro jefes liberales en oposición. Por lo tanto, es difícil establecer el límite entre el deseo de establecer un estado alternativo y el afán de lucro personal (Escobar, 2011).

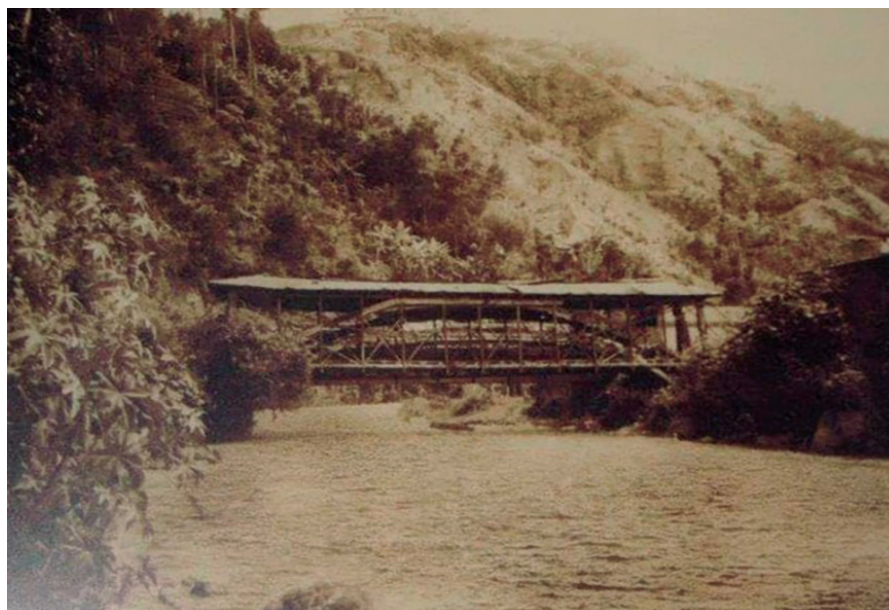
Durante un tiempo se prohibió que las personas que estaban en Anaime salieran de allí, después los ciudadanos fueron juzgados como liberales por vivir allí, independientemente de si lo eran o no. Simplemente estaban apresados en la región. La situación se hizo tan difícil que muchas familias emigraron y otras de

fuerte tradición liberal terminaron pactando con los conservadores. En 1902 se capturó al jefe liberal Chávez en su propia zona de operación, lo que hace pensar en que fue delatado por sus antiguos apoyos (Escobar, 2011).

Es fácil suponer que la fuerte emigración de las familias asentadas antes de la guerra de los Mil Días fue seguida de una nueva inmigración de grandes proporciones, la gran mayoría de los entrevistados de familias tradicionales de la zona mencionan que sus ancestros llegaron a la zona después de la primera década del siglo XX. Algunos de estos se emparentaron con familias ya establecidas, como la del rico hacendado José María Arellano, ya mencionado, cuyo origen no hemos podido establecer, pues se cree que era antioqueño, pero estaba emparentado con familias de origen tolimense.

Los de origen antioqueño cuentan que sus ancestros llegaron de Sonsón y de La Ceja con sus hijos cargados en canastos, algunos se regaron por varias poblaciones del Quindío y de la cordillera del Tolima, entre las que destaca el Líbano, y otros se concentraron en Anaime. Otros venían de familias antioqueñas que habían jugado un papel importante en la fundación de pueblos en la hoya del Quindío, como los De la Pava, cuyo abuelo después de haber participado en la fundación de Salento se trasladó a Anaime y se estableció en la hacienda Santa Rita, que aún hoy existe y, al igual que Las Marías, conserva más o menos la construcción original.

Figura 6. Puente sobre el río Anaime a inicios del siglo XX



Fuente: fotografía anónima (Fotografías Antiguas y Personajes del Tolima Álbum, 2019).

Nota: a la derecha algunas construcciones del pueblo.

Los pobres se emplearon y otros que tenían algún capital —que sería modesto— iniciaron negocios. Particularmente, destaco la historia de uno de los abuelos de los entrevistados que con tesón se dedicaba a comercializar quesos de la región en Ibagué, lo que seguro implicaba contar con varias mulas para transportar la carga y contratar varios ayudantes. Esta persona aumentó su riqueza personal y, años más tarde, se casó con una rica heredera, con quien dejó un gran número de descendientes notables.

Las familias ricas educaban a sus hijos dentro de las mismas haciendas contratando institutrices, aunque no se llegó a los excesos de otras zonas de colonización donde las institutrices eran europeas y se hacían llegar pianos a través de viajes en chalupas y por caminos de barro. Es famoso el caso de una institutriz que durante sus años en la hacienda donde trabajaba tuvo varios hijos, todos de un hombre encapuchado desconocido, que todos sabían que se trataba del dueño de la finca, pero, al ser una verdad tan evidente y cuyo silencio ayudaba a mantener la paz, nadie hablaba de ello. Los hijos de la institutriz se educaron con los hijos de la esposa del hacendado.

Una vez acabada la guerra, poco a poco, los recién llegados y las familias que permanecieron continuaron la transformación de las antiguas selvas en pastos y cultivos, reactivaron el comercio y tráfico por el camino de Anaime y modernizaron la actividad minera, retornando la prosperidad económica. Por la misma época, a principio del siglo XX, empezaron a llegar una serie de mineros europeos, especialmente alemanes, ingleses, franceses e italianos. Estos traían capital y tecnologías avanzadas lo que llevó a la sustitución de los establecimientos mineros artesanales. El censo de 1912 registró 4011 habitantes en Anaime (Carreño, 1912), que muestra un decrecimiento respecto a la estimación de La Tregua en 1896.

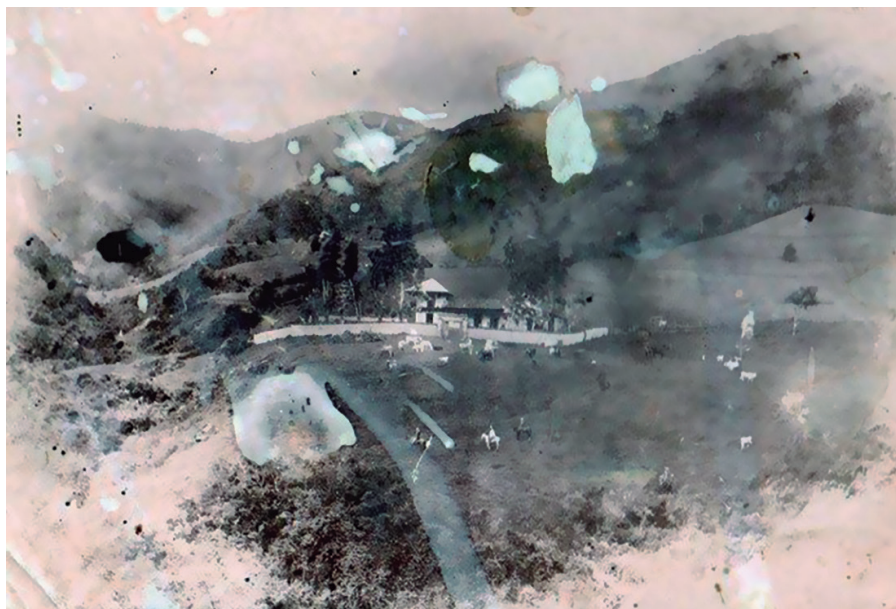
Estas guerras y procesos migratorios continuaron abriendo la oportunidad al ascenso social. Mi abuelo nació en Ibagué en 1880 como hijo natural de un padre rico y de una madre de una familia muy humilde, con lo que habría significado cargar ese lastre de hijo natural en una sociedad pastoril y estancada como la del Tolima de ese momento. Su madre huyó de la vergüenza y fue criado junto a su hermana por sus abuelos, viejos y pobres, subsistiendo de la venta de leche que producían en un pequeño terreno ubicado en alguna parte de lo que hoy es el barrio Belén. Muy temprano huyó de las guerras y en su adolescencia emprendió, a través de los llanos ardientes y secos, el viaje a pie a Girardot, como acompañante de un viajero, para contar con el apoyo de su padre y de su madrastra, allí fue contador de varios de los barcos del puerto sobre el Magdalena y con algunos ahorros regresó a Ibagué, montó un negocio de venta de telas, juntó más dinero y se asoció con su padrino, un hombre muy rico de apellido Figueroa. Juntos fundaron una gran hacienda en Anaime a través de la titularización de baldíos de la nación, tumbaron selva donde nadie había llegado y les compraron mejoras a los vecinos ya establecidos. Al llegar encontraron los socavones de una mina abandonada, que aún hoy genera deslizamientos de tierra.

El pueblo de Anaime era inmensamente rico y los negocios eran muy prósperos, la gente compraba sin reparar en el precio, que generalmente era varias veces superior al del mismo producto en Ibagué. Los animales y la comida eran baratos en comparación, de tal manera que el precio de un ovillo de hilo era comparable con el de una vaca. Las historias contaban, además, que era tal la fertilidad de sus tierras que era frecuente que los frutos tuvieran dimensiones gigantescas, solo comparables con las descritas en la Biblia cuando se menciona la tierra prometida.

Algunas personas que habitaban las mejoras compradas pudieron seguir viviendo allí, como Tiburcia, una viuda (¿habría enviudado durante la guerra de los Mil Días?) que habitaba en un rancho en Los Alpes, uno de los globos de terreno que les habían adjudicado a mi abuelo y a su padrino-socio. Dicen que vivió allí muchísimos años y que era bruja, pues la responsabilizaban de que algunos de los peones amanecieran con algunos chupetones y rasguños en el cuerpo.

A mi abuelo, sus negocios y, particularmente, su hacienda en Anaime le permitieron consolidar su fortuna, establecer una familia reconocida y el acceso a lugares y cafés a los que de niño solo podía soñar con entrar, por estar reservados a hombres notables.

Figura 7. Hacienda La Arcadia



Fuente: fotografía anónima (Fotografías Antiguas y Personajes del Tolima Álbum, 2013a).

Nota: la hacienda La Arcadia se encuentra situada a muy pocos minutos del poblado de Anaime (fotografía de 1916).



La carretera Panamericana y Cajamarca

El crecimiento de Anaime continuó hasta que por el peso de la evidencia pudo independizarse de Ibagué. Como se ha dicho, Ibagué representaba un lastre para Anaime y finalmente en 1908 este último fue reconocido como municipio y se constituyó en cabecera municipal el poblado del mismo nombre, pero en 1911 nuevamente fue anexado a Ibagué. Finalmente, en 1914 volvió a declararse municipio independiente, pero trasladando la cabecera municipal del antiguo poblado de Anaime a un nuevo poblado en el sitio llamado Ibagué Viejo (Escobar, 2011), donde se supone fue una de las primeras fundaciones de Ibagué antes de que las guerras entre españoles y pijaos hicieran que fuera trasladado al lugar actual, que corresponde al lugar en el que actualmente se asienta Cajamarca.

Iniciado el siglo XX y con la pérdida de Panamá, Colombia pensó en modernizar su comunicación interna, se proyectó una carretera que permitiría el paso de vehículos automotores en reemplazo del Camino del Quindío. Una alternativa proponía seguir, más o menos, el antiguo camino de Anaime. Es decir, se había previsto que la carretera que uniría a Ibagué con Armenia y al centro del país con el puerto de Buenaventura en el Pacífico pasaría por este poblado. Sin embargo, el trazado final dejaba a la zona aislada de la misma, pues esta llegaba justo frente a la meseta en la que actualmente se asienta Cajamarca (a unos nueve kilómetros de Anaime). La carretera que debía evitar el gran abismo frente a la población de Cajamarca daba una amplia vuelta siguiendo el curso del río Anaime, cruzándolo cinco kilómetros antes del pueblo del mismo nombre por el punto llamado Puente Hierro. Hubo que esperar algunos años para que se construyeran esos cinco kilómetros que llevaban de Puente Hierro a Anaime. Tiempo

después se hizo un gran puente sobre el abismo frente a Cajamarca (que durante muchos años fue el puente más alto del país) evitando la amplia vuelta, lo que alejó aún más a Anaime de la carretera Panamericana.

Figura 8. Puente Hierro



Fuente: fotografía anónima (Fotografías Antiguas y Personajes del Tolima Álbum, 2013b).

Nota: la fecha de la fotografía es desconocida.

Al iniciarse el trazado de la carretera el cura párroco de Anaime, Juan de Dios Jaramillo, alertó a los anaimunos para que construyeran una nueva ciudad en terrenos amplios y planos y de muy buen clima, en una meseta formada en la confluencia de los ríos Anaime y Bermellón (actualmente es el casco urbano de Cajamarca). Consiguió la adjudicación de los terrenos y un ingeniero alemán dedicado a la explotación minera de la región levantó los planos de la futura ciudad.

Al respecto de la fundación de este nuevo pueblo, Gutiérrez (1921) dice que una vez abierta la carretera, que pasaba directamente por esa meseta, varios antioqueños empezaron a construir casas y a establecer cultivos en ella, fue entonces cuando el obispo Perdomo y el presbítero Juan de Dios Jaramillo, cura de Anaime, iniciaron la fundación de un nuevo pueblo, gracias al establecimiento de una sociedad anónima, encabezada por ellos con capital de \$1 600, dividido en acciones de \$10. El 29 de marzo de 1913 inauguraron el nuevo pueblo con una misa campal dada por el mismo obispo. Se hizo la repartición de los solares: “Se trazó la población, que consta de 84 manzanas de a 80 metros por lado, separadas por calles rectas, de las cuales las cuatro principales tienen 16 metros de anchura y 14 las demás” (Gutiérrez, 1921, p. 201). Gutiérrez nos dice que para 1916 ya había 114 edificios construidos, la mayoría en tapia pisada y teja de barro; incluso ya estaba construida la escuela de varones y la de niñas.

Figura 9. Vista de la ciudad de Cajamarca desde un cerro⁸



Fuente: Martin (1935-1937).

La rapidez de las obras públicas en Cajamarca contrastó con la lentitud que tuvieron que sufrir los primeros habitantes de Anaime. Se asume que la oferta de poblamiento de la nueva cabecera fue ofrecida a campesinos conservadores en oposición a los liberales de Anaime (Escobar, 2011). De hecho, el nuevo poblado tuvo varios nombres, muchos de connotación católica, como el primero, San Miguel de Perdomo, lo que, supuestamente, constituía una oposición a los nombres que sugerirían los pobladores liberales. Esta ciudad, ubicada a nueve kilómetros de Anaime tomó un gran impulso una vez terminada la carretera en el año de 1929. La construcción de la vía y el movimiento asociado a su funcionamiento produjo una gran afluencia de gente venida de otras regiones, como trabajadores de la carretera, transportadores y comerciantes.

La nueva carretera consolidó a la región como eje articulador entre el occidente y centro del país; lazos que seguramente ya eran fuertes, pues una de las entrevistadas me contó que su padre —nacido en Gualanday— que se ubica más lejos que Ibagué (ya sobre las tierras cálidas del valle del Magdalena), quedó huérfano y su padrino de bautizo, el ya mencionado José María Arellano lo llevó con él a Anaime, a los ocho años, aproximadamente en 1925 y lo instaló en la hacienda Las Marías, donde vivió hasta los diecinueve años. Esta historia es muy

⁸ Al fondo, se ve la carretera que se dirigía hacia Puente Hierro y el precipicio sobre el que se levanta la meseta (años 30 del siglo XX).

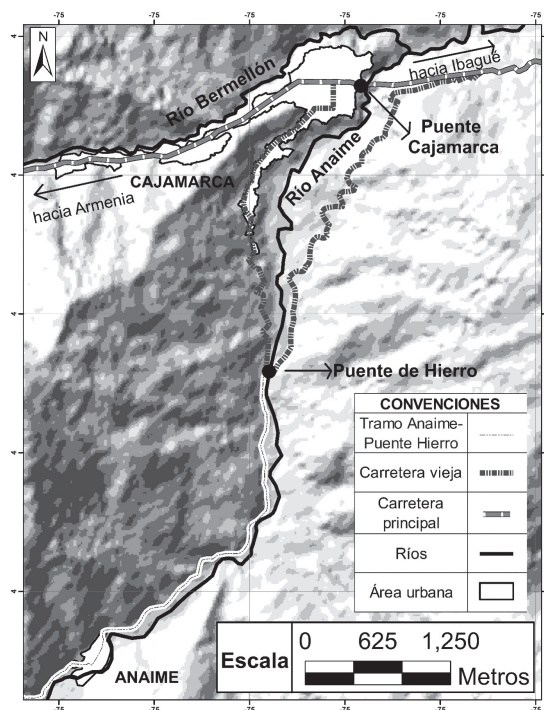
importante, pues pone en evidencia las relaciones entre distintos poblados por medio de las relaciones de compadrazgo. Esta persona salió de Las Marías y se dedicó al comercio; años después —con sus ahorros— compró una finca.

Figura 10. En rojo el túnel de la Línea



Fuente: elaboración a partir de la herramienta Hermes de Inviás (s. f.).

Figura 11. Carreteras para cruzar el río Anaime y tramo que conecta el pueblo de Anaime con la Panamericana



Fuente: elaboración de Daniela Torres Ramírez a partir del visor cartográfico Cortolima (s. f.)



Los años de paz y prosperidad

Los grandes cambios en la primera mitad del siglo XX estuvieron centrados en la aparición de Cajamarca como centro que desplazó a Anaimé y la construcción de la carretera Panamericana. La vida después de la guerra de los Mil Días transcurrió más o menos tranquila, salvo por el gran paréntesis de la crisis de los años 30 (tiempo en el que mi abuelo se dormía contra la puerta de su almacén de telas esperando que llegara algún cliente). Hubo un gran crecimiento económico impulsado por las nuevas vías, que facilitaban el comercio de los productos de la región con el resto del país, y con el auge del café, que fue importante en la zona, a pesar de que no hay mayor información sobre su decadencia temprana en la región (salvo algunos comentarios que dicen que se debe a la llegada de los boyacenses, que “porque no son pendejos” se dedicaron a cultivos más rentables). Aun así, es fácil suponer que los trágicos periodos de la Primera y Segunda Guerra Mundial elevaron los precios de productos básicos como el café, lo que dio un nuevo impulso económico a la región.

A finales de 1930 o inicios de 1931, mis abuelos, sus hijos y algunos parientes se trasladaron desde Ibagué a La Holanda, la hacienda que le quedó a mi abuelo después de dividir las tierras con su padrino, para pasar una temporada en la hacienda familiar, lo que implicó una serie de viajes con muchas personas y animales capaces de cargar las pertenencias de los viajeros, que en aquella época se transportaban en baúles. Además, mi abuela siempre llevaba su máquina de coser, una herramienta necesaria para tener al día la ropa de sus siete hijos. Mi abuela era una gran jinete y, algo atípico para las mujeres de la época, usaba unos

pantalones especiales para montar a caballo como los hombres, es decir, con cada pierna a cada lado del caballo y evitar, así, el uso del tereque que obligaba a las mujeres a montar de lado para evitar los roces impuros.

En esta romería también iba mi papá, nacido en abril de 1930, transportado a “lomo de bobo”: con sus pocos meses de nacido acomodado en un canasto que se colgaba de una cincha soportada en la frente de una persona, que puede que no hubiera sido bobo. En aquel viaje, en la finca que unos dieciséis años más tarde mi padre administraría y a la que volvería muchísimos años después de huir de la violencia política buscando salvar su vida, aprendió a caminar sobre los pisos de tabla, en los corredores que rodeaban la casa y en el patio de tierra y pasto alrededor de la vivienda de bahareque blanqueado con cal. La casa había sido recién renovada con techos de zinc que llegaron de Alemania en barco a Barranquilla, luego se transportaron en otro barco por el río Magdalena hasta Honda, desde donde fueron llevados en tren a Ibagué y finalmente a lomo de mula hasta las alturas de La Holanda.

Figura 12. Dos hombres con un animal de carga en un camino pedregoso de montaña en cercanías a Cajamarca en 1934



Fuente: Martín (1935-1937).

La finca familiar tenía dos casas: la principal —en forma de L—, ya descrita, destinada a la vivienda de la familia propietaria y a la familia del administrador, cuyo nombre era Campos, y una segunda vivienda, retirada de la casa principal

en la que vivían los trabajadores, menos coqueta y compuesta por varias habitaciones con camarotes. Los servicios sanitarios de ambas eran la enorme extensión de vegetación y los baños, los chorros que se hacían acomodando medias cañas o secciones de los troncos de las abundantes palmas de cera en las quebradas.

A mediados de los años 40, cuando mi padre ya usaba pantalón largo (es decir, después de cumplir los quince años) abandonó sus estudios de bachillerato en Ibagué y se convirtió en el administrador general de las fincas de su padre, La Holanda y Colombia⁹. Como vivía en La Holanda, todas las semanas viajaba a Colombia, otra finca, a través de caminos de barro, cada viaje largo de por sí, se alargaba parando en las casas del camino en las que tenía amigos, recuerdo en particular a una señora de nombre Genoveva, quien, con alrededor de 80 años, seguía reclamándole el pago de unos pollos que pisó con su caballo al llegar a saludarla a ella, cuando era niña, y a su familia. Eran amigos entrañables, de esos que poco se veían, pero cuando se veían conectaban inmediatamente, así fuera con el reclamo de los pollos prehistóricos.

Otros viajes los hacía con el empleado de confianza, quien debió sobrellevar los primeros años de la violencia en la finca familiar. A veces estos viajes se amenizaban con aguardiente. En las ocasiones en que mi papá se quedaba en Anaime, pernoctaba en una especie de zarzo en la casa de uno de sus amigos de apellido Botero, de quien decía que su único defecto era ser conservador. Al parecer el tal zarzo era su refugio de recochas con los amigos, espacio al que llamaban “el nido del cóndor”. Estos años los recordaba con mucho cariño, tal vez por tratarse de los años más vitales; por ello todas sus historias de aquella época yo las visualizaba con una luz particular: las casas del pueblo, las mujeres hermosas y los hombres trabajadores.

Él, quien fue demócrata a su manera, cuando fungió de administrador general, no comía en el comedor de los empleados y se obligaba a usar la mesa particular y a comer como es debido, para no olvidar las buenas maneras. Aún se conserva una carta de 1947, cuando mi papá tenía diecisiete años, en la que su padre combinaba mensajes para su administrador general y para su muy joven hijo. Inicia manifestándole su cariño, le cuenta noticias familiares, le envía manzanas y salchichas por parte de una tía (eso sí, le pide que guarde las semillas de las manzanas y las siembre) y le recuerda que por parte suya le manda espermas, cigarrillos y fósforos. Termina la carta dándole instrucciones sobre qué hacer con las semillas de pasto que debía sembrar y le decía que debía observar cómo los trabajadores que ya sabían hacerlo lo hacían, así aprendería (C. Gutiérrez Figueroa, comunicación personal, noviembre 2 de 1947).

9 Siempre me ha llamado la atención el ánimo geográfico con que se bautizaron varias fincas: La Holanda, La Argentina, La Colombia, La Persia, La Siberia y La Grecia.

En aquel momento se dedicaba a la producción de quesos y mantequilla, todo hecho a mano. Por aquel tiempo, entabló una fuerte amistad con un trabajador, también muy joven: Carlos Julio, quien después de andar medio país regresó, ya entrando a la tercera edad, a la región, con el propósito de trabajar en La Holanda, donde finalmente fue asesinado. Lo que fue un duro golpe para mi padre, con quien habían hecho el pacto de trabajar juntos hasta que uno de los dos muriera, nunca imaginó que ese momento llegaría tan rápido.

En Anaime, la variedad de pisos térmicos dada por las pendientes de las montañas favorecían una producción muy variada durante todo el año, así, en la parte cercana al río, más cálida, se comían papas de las zonas altas y los habitantes de las zonas altas y frías podían comer las frutas, raíces y plátanos de la zona cálida. Esta variedad de climas podía darse, menos marcada, dentro de las mismas fincas. Por ejemplo, mi papá sembraba caña de azúcar en las partes más bajas de la finca para dárselas a los caballos, que siempre le encantaron.

En una de esas, cuando estaba picando caña para dársela a los caballos, su hermana menor, a quien llamaban “La Nena” por ello (mantuvo ese nombre hasta que murió de más de setenta años) y quien siempre era muy “pegote” con él, metió la mano para sacar un poco de caña y chuparla. Su hermano, mi papá, no vio la mano y asestó un fuerte golpe de machete sobre uno de sus dedos y la parte superior quedó colgando de una hebra de piel y carne. En esas lejanías y a falta de médico, mi abuela usó el mejor de sus remedios: le vertió sobre el dedo casi amputado un buen chorro de limón y luego lo cosió con hilo y aguja de coser ropa. El dedo se salvó, pero como resultado la uña creció partida a lo largo toda la vida; dos uñas en lugar de una a cambio de un dedo completo y funcional.

Los hombres eran tan honestos que, para ejemplificarlo, mi padre me contaba la historia de un administrador general de su padre que en una borrachera apostó el dinero recibido por la venta de unos animales. Perdió la apuesta y sabiendo que había defraudado la confianza recibida se suicidó, no recuerdo si ahorcado o de un disparo, pero de fondo en la historia siempre aparecía un eucalipto altísimo, con pocas ramas desojadas tras las cuales se veía la luna llena sobre un cielo oscuro. La muerte de este amigo fue muy dura de sobrellevar para mi abuelo, además, no pudieron enterrarlo en el cementerio, pues la iglesia prohibía que los suicidas se enterraran en tierra sagrada.

Otra historia de aquella época, que no viene al caso, pero que no puedo evitar compartir, es la de un grupo de borrachos que apostaron que no serían capaces de romper la lápida recién puesta de un matón muy malo y conocido que había muerto recientemente. Uno de los borrachos envolvió su puño en la ruana para proteger su mano, así asestó un golpe a la lápida y su ruana quedó atrapada por el agujero recién hecho, razón por la que el borracho no lograba sacar su mano atrapada en la ruana y creyó que el cadáver del matón se la había sujetado, tal fue la impresión que sufrió un infarto y murió ahí mismo, donde sería enterrado, cerca del matón, a los pocos días.

Seguramente hubo acontecimientos importantísimos, pero los recuerdos y las entrevistas solo mencionaban este tipo de anécdotas, la llegada de los boyacenses, la intensificación del uso del suelo y la consecuente riqueza generada. Todos se conocían, razón por la que un nuevo rico no tenía que pasar filtros sociales, aparentemente, a diferencia de las regiones de origen, las únicas diferencias eran económicas.

Una presencia de inmigrantes extranjeros se dio a raíz de la Segunda Guerra Mundial; ante la pujanza económica de la región, se establecieron allí un gran número de sirios, libaneses, palestinos y judíos. La llegada de estos nuevos inmigrantes le dio mucho auge al comercio, pues eran personas con mayor preparación y conexiones comerciales, lo que les permitían comprar a precios más favorables, porque se unían con sus coterráneos locales y de otras regiones para importar mercancías en gran volumen. Establecieron también el sistema de venta a crédito y prácticamente monopolizaron el comercio (Ovalle, J. Comunicación personal, octubre 1995). Como consecuencia de la violencia política de los años 50, de la que hablaremos más adelante, que fue particularmente fuerte en la región, los extranjeros, al igual que muchos miembros de las familias locales, debieron abandonar sus bienes y sueños en la región e irse de allí.



La llegada de los boyacenses

Con la construcción de la carretera Ibagué-Armenia en 1915 hubo una gran inmigración de trabajadores, “golondrinas”, procedentes de Santander, Boyacá y del oriente de Cundinamarca (todos clasificados como boyacenses en la región). Estos que han sido tradicionalmente excelentes agricultores y desposeídos de tierra en sus regiones de origen, quedaron sorprendidos con la fertilidad del cañón del río Anaime y con su clima benigno, además de la ubicación privilegiada para el mercadeo de sus productos.

Estos nuevos inmigrantes venían de una zona cuya cultura algunos han llamado hispano-muisca, con características distintas a los primeros pobladores antioqueños y tolimeses, con diferencias sociales aún más marcadas y provenientes del territorio que Carrizosa Umaña (2014) considera como “uno de los más estables del país; ejemplo de adaptación mestiza de la cultura muisca” (p. 157). No obstante, esta cultura y su base física, según el mismo autor, han presentado durante el siglo XX síntomas de descomposición, manifestados concretamente en la migración de sus habitantes a otras regiones. Este proceso de migración fue ocasionado probablemente por la intensa ocupación del territorio y una actividad agrícola continua que agotó sus suelos. En esta zona, las diferencias eran tan marcadas que basta recordar que Emma Reyes, en sus memorias por correspondencia (Reyes, 2012), decía que les decían “indios”, sin importar su color de piel, de manera despectiva a todos los pobres —es decir, a la gran mayoría de la población—, un término que buscaba descalificar, a partir de prejuicios raciales, y mantener a la mano de obra no calificada sometida. Es decir, se trataba de una

población muy segregada, en la que los campesinos vivían con lo mínimo, en unas condiciones que los obligaban a llevar una vida metódica y al trabajo ininterrumpido, usualmente el trabajo de la tierra.

Como estos nuevos migrantes no tenían trabajo en sus tierras y mucho menos propiedades, se quedaron en esta “nueva” región y, a veces, trabajaban por la comida. Se hizo común que los hacendados contrataran a niños, pues la costumbre establecía que hasta no tener las fuerzas suficientes para cargar un bulto no se les pagaba en dinero, solamente con comida y alojamiento, lo que incentivó la contratación de niños de estas regiones, por su fama de buenos trabajadores. Al parecer la emigración de los niños hacia Anaime fue impulsada en sus zonas de origen por los padres de los niños en su afán de deshacerse de una boca más que alimentar en medio de la pobreza.

Algunos que tenían ahorros alquilaron tierras para establecer cultivos, especialmente de trigo, cebada, maíz, frijol y arveja para vender en otros lugares. Algunos propietarios de tierra, al ver el éxito de los cultivos, empezaron a cultivar en compañía de los inmigrantes, quienes fueron teniendo mucho éxito y comenzaron a comprar las tierras de sus anteriores patrones. Como escaseaba la mano de obra, viajaban a sus terruños para traer parientes y amigos que rápidamente se establecían en Anaime.

Esta migración de boyacenses, cundinamarqueses y santandereanos, que inició en la primera década del siglo XX, se hizo más numerosa a finales de los años 40, muchos llegaron huyendo de la violencia política, que empezó en estos departamentos antes que en el Tolima. Todos encontraron trabajos y arraigo. Sin embargo, su cultura era distinta a la de los ya establecidos y causaba curiosidad. Por ejemplo, me dijo mi padre, sobre los boyacenses recién llegados, que en su infancia le causaban gracia por su forma de hablar y curiosidad por su carácter poco conversador (estereotipo contrario a mi experiencia personal). La siguiente ocurrencia, contada por él, sobre una cocinera boyacense que era tuerta y la pregunta de un dicharachero antioqueño ejemplifica la diferencia de talantes según ciertos imaginarios y estereotipos: “Disculpe mi señora que le pregunte, ¿usted por qué tiene ese ojo blanco?” A lo que la cocinera le respondió con lo que estaba segura terminaría la conversación: ‘Por hacerle una mala cara a un hijueputa preguntón’”.

Otra anécdota de mi padre se refería a la solicitud que un obrero boyacense le hizo a una cocinera para que su comida fuera más contundente y la sopa tuviera menos líquido y más carne y productos agrícolas: “A mí, mi señora, me hace el javor y me sirve más chasquido y menos sorbido”.

Si bien, los entrevistados de origen boyacense no mencionan que sus familiares hubieran sido tratados de forma despectiva, mi padre recordaba los discursos de un cura. Este cura decía que hacia las zonas donde se conservaban los habitantes originales, como en el Cajón, se sentía otro aire, las casas eran más lindas

y se veía a las mujeres asomadas por la ventana peinándose, “provocaban” —la palabra que más gracia le hacía de los discursos del cura—; no como en las zonas donde se habían asentado los boyacenses que eran “subproducto humano”. Sin embargo, parece que esta discriminación se refería a los boyacenses pobres, no a los que llegaban a invertir.

Una de las entrevistadas dice que su bisabuelo, original de Betéitiva en Boyacá, llegó de nueve años y comenzó a trabajar con otros boyacenses que sembraban papa y hortalizas, recién cuando creció y pudo alzar un bulto de cinco arrobas recibió su primer sueldo. Si bien suponemos que estaba sin sus padres, probablemente tuvo una red de apoyo de paisanos y familiares que se establecieron en la zona y que de vez en cuando viajaban a Boyacá y regresaban con más familiares y paisanos. El vínculo con Boyacá seguía firme, de tal forma que uno de sus abuelos, cuando logró ahorrar un capital, viajó a Chinavita y se casó (no sabemos si se trataba de alguna novia de infancia o si eran matrimonios arreglados con antelación o si se definían en el momento).

La vereda El Águila se constituyó en un importante núcleo de población de origen boyacense y, por lo mismo, una de las de mayor actividad agrícola. Esta tierra era propiedad, por herencia, de unas hermanas de apellido Bedoya, todas solteras, a quienes se las administraba un familiar. En algún momento parcelaron la antigua hacienda y los boyacenses, antiguos empleados, compraron las parcelas y establecieron sus familias en el lugar.

Otra entrevistada cuenta que sus abuelos, también oriundos de Boyacá, de Susacón y Soatá, llegaron alrededor de los años 40 con algunos ahorros y con los hijos más pequeños, buscando tierras más productivas y con mayor disponibilidad de agua; compraron una finca mediana en la región y, en la nueva finca, sembraron trigo, repollo, cebada y cebolla. Años después llegó su padre de veintitrés años con su esposa y otros hermanos buscando refugio de la violencia que se vivía en su zona de origen. Ellos trabajaron en varias fincas y de vez en cuando regresaban a Boyacá, trayendo de cada viaje a más amigos y parientes que se asentarían en Anaime. Tanto sus abuelos como sus padres echaron mano de la disciplina en el gasto que estereotipadamente se relaciona con los boyacenses: los recién llegados no compraban nada, todo lo que comían provenía de sus propios cultivos y todo el dinero que ganaban con su trabajo o con las ventas se destinaba al ahorro.

La llegada de los boyacenses dinamizó aún más la economía de la región y aumentó su producción agrícola. Tan importante fue la producción agrícola que rápidamente el café fue perdiendo protagonismo en esta zona de excelentes suelos y estratégicamente localizada, camino al puerto de Buenaventura, por donde se exportaba la mayor cantidad de café. El café, que se sembraba en las partes más cálidas, cedió paso a cultivos transitorios, de producción más rápida.

Como la región era rica y había trabajo para todos, rápidamente los nuevos recién llegados se integraron. Un entrevistado cuenta que su padre, conservador, llegó a Anaimé huyendo de los malos tratos que recibió cuando hizo su curso de cadete. Llegó hasta allí buscando a unos paisanos de Tibirita, compró una finca, se adaptó a todo rápidamente y le gustó la comida. Al parecer, en algún momento fue nombrado inspector de Policía y conoció a la mujer encargada del correo, oficinas que quedaban en el mismo edificio. Al poco tiempo se casaron con esta mujer, hija de liberales antioqueños de La Ceja.

Pronto llegó la violencia de los años 50, trayendo dificultades para habitar el territorio, algunos tuvieron que huir a las ciudades, otros se quedaron. Con grandes riesgos y dificultades, tuvieron que ver a otros que murieron de formas tan crueles que parece ficción. La región era famosa por ser liberal, lo que la puso en la mira de los conservadores.



La violencia política de los años 50

Pronto el panorama se fue ensombreciendo, se aceleró la llegada de boyacenses, pero esta vez, más que por buscar tierras en dónde trabajar, estaban motivados por huir de la violencia causada por los enfrentamientos entre liberales y conservadores en sus lugares de origen. Los sermones en la iglesia se tornaban más políticos, con arengas en contra de los liberales, la Policía se fue haciendo más matona y marcadamente conservadora, ya no era un ente de apoyo en los conflictos civiles.

En algún momento el cura del pueblo dijo que del pueblo para arriba todos eran liberales, recordemos que hacia abajo estaba Cajamarca, que era conservador. Así que del pueblo para arriba empezaron las amenazas e incluso los incendios; por ejemplo, incendiaron la casa de la hacienda Perlas, pues se encontraba en la zona de los liberales, como los que hacían esto, los chulavitas (un grupo paramilitar al servicio del Gobierno conservador), no eran de la región, desconocían que esta hacienda era propiedad de una viuda conservadora. Nuevamente el hecho de vivir en determinado lugar marcaba un estigma sobre los anaimunos.

Ya las cosas estaban difíciles cuando mi papá, liberal e hijo de una familia reconocida por ser muy liberal, quien ya había tenido un enfrentamiento con un policía, mientras se encontraba en Anaime, fue llamado aparte por el padre de un amigo suyo, de apellido Botero, que era reconocido por ser uno de los pocos conservadores del lugar. El padre del amigo lo alejó del grupo diciéndole a todos “Luisito, venga que le tengo que contar un chiste que es muy grosero y no quiero que las damas lo escuchen”. Al estar apartados del grupo, le dijo en voz muy baja, “cuando termine de decirle lo que le voy a decir riase y diga que soy

muy grosero". La historia que le contó al oído era que lo estaban esperando para matarlo esa misma tarde y que debía ir a su casa, donde un carro lo esperaba para sacarlo escondido del pueblo. Esta noticia aterradora se cerró entre enormes carcajadas compartidas por los dos amigos y la frase de mi papá: "fulano, usted es muy grosero, ¿no le da pena?", a lo que el padre del amigo le respondió "que mejor lo invitaba a almorzar en su casa". Llamó a su mujer a los gritos, de tal forma que todos oyeran, y le dijo que preparara almuerzo para Luisito que iba a almorzar en su casa antes de regresar a la finca. No hubo almuerzo, pues inmediatamente llegó a casa de su amigo, lo metieron debajo del entablado de un carro y volvió a salir de allí unas horas después, llegando a Ibagué. Llegó a la casa de sus padres con lo que tenía puesto, nada más.

Tiempo después, mi padre y su hermano Álvaro se trasladaron a Bogotá, donde estaban más seguros, él terminó su bachillerato y junto a su hermano iniciaron la vida universitaria. Sin embargo, allí tampoco estarían seguros. Álvaro, su hermano más cercano, fue asesinado de un tiro en la espalda el 9 de junio de 1954 por el Ejército, cuando había terminado una multitudinaria manifestación en contra del Gobierno por el asesinato el día anterior de Uriel Gutiérrez, estudiante de medicina y filosofía en la Universidad Nacional, muerto precisamente en una conmemoración del día del estudiante, la que se celebraba en homenaje al estudiante de derecho Gonzalo Bravo Pérez asesinado en 1929 durante una manifestación en contra del Gobierno por las masacres de las bananeras.

Pasaron unos 30 años para que mi padre regresara a Anaime, su terruño, y para que se reencontrara con su entrañable amigo, Enio Botero, hijo de quien le salvó la vida. Con Enio, en los años 90 y 2000 andaban para arriba y para abajo y lideraban convites para mejorar la vía veredal. Hasta que la diabetes se llevó a Enio.

Muchos conservadores de la zona salvaron la vida de sus amigos liberales y tuvieron que andar de finca en finca. Otros acudían a la picardía para salvarse. Algún viajante a caballo que iba de su finca al pueblo fue detenido por un ejército, le preguntaron: "¿liberal o conservador?". Como eran ejércitos de gente forastera, sin uniforme, y no se sabía si eran liberales o conservadores, responder cualquier cosa sería como jugarse la vida lanzando una moneda y apostando a que cayera cara o sello. Esta persona hizo una apuesta y contestó imitando el acento de los sirio-libaneses, a los que aún llamamos turcos: "¿Dónde quedar la buebla?, llevar cosas *bara* vender". A lo que el ejército de filiación política desconocida le dijo: "Siga don turco, el pueblo queda por este mismo camino".

Una de las entrevistadas contaba que ella nació en plena época de violencia. Sus padres tenían un almacén, prestaban dinero y vendían a crédito. Cuando los conservadores iban a hacerle algún atentado a su padre, que era liberal, algún conservador lo protegía, generalmente su propio suegro.

Sus padres estaban muy ocupados en el almacén y, como el pueblo era sano —entre todos se cuidaban y no había quien obrara mal contra los niños—, estos

deambulaban por las calles en completa libertad. Sin embargo, sus padres siempre se los encargaban a dos viejitos: María “la Muda” y Juan Culitos, que cuando los veían en la calle los agarraban de la mano y los llevaban al almacén. Era especialmente importante llevarlos al almacén, donde también quedaba la casa, cuando las campanas de la iglesia repicaban sin parar anunciando que llegaban al pueblo los muertos de la violencia. Esto llamaba enormemente la curiosidad de los niños. Recuerda que cuando ella tenía unos cinco o seis años y se lograba escapar del cuidado de María “la Muda” y de Juan Culitos, veía como llegaban recuas de mulas cargadas con muertos. Cree que cargaban dos, tres, cuatro o cinco personas, pues era imposible saber cuántos cadáveres iban como carga. Las mulas repartían el olor putrefacto de los cadáveres envueltos en costales con sangre seca, llena de moscas. Se alcanzaban a ver barrigas abiertas con las tripas colgando y pedazos de miembros destrozados separados del cuerpo al que pertenecieron.

Las historias son terribles: cuentan cómo a embarazadas les abrían los vientres para sacarles a sus bebé y matarlos o incluso refinamientos tétricos como el corte de franela, que consistía en hacer una

Profunda herida sobre la garganta, muy cerca del tronco; este procedimiento lo hacen corriendo con fuerza un machete afilado sobre la parte anterior del cuello; casi siempre se encargaba a otra persona que levantara la cabeza de la víctima o se la colocara sobre un pedazo de madera, para que el verdugo ejerciera su cometido. (Espejo y Roza, 2015, p. 10)

También, hay testimonios de los duelos a machete en los que cada cual debía sujetar un extremo de un pañuelo, de tal forma que no se acercara más de lo debido al contrincante. El duelo terminaba cuando el contrincante caía desangrado, eso sí, sin haber sobrepasado la distancia indicada por el pañuelo extendido.

Un amigo de la familia, contemporáneo de mi papá y descendiente de aquellas familias tradicionales que habían luchado al inicio de la guerra de los Mil Días, fue interceptado en el campo y golpeado a garrotes una y otra vez, hasta que lo creyeron muerto y lo tiraron al río crecido. El río —con su fuerza— lo arrastró entre las piedras de su lecho, hasta que un grupo de lavanderas lo vio y sacaron aquel cuerpo hinchado, raspado y lleno de moretones, con el fin de hacerlo llevar al pueblo para darle cristiana sepultura, como a tantos otros cadáveres que había llevado el río y que seguiría llevando; sin embargo, aún respiraba. Lo reconocieron como uno de los hijos de aquella familia a quienes avisaron. Fueron tantos los golpes y su piel estaba tan lastimada que una vez en casa no lo podían acomodar sobre las sábanas, pues estas se pegaban a la piel causándole gran dolor. La solución fue dejarlo como un tamal durante varias semanas. Es decir, lo untaron con mantequilla o manteca de cerdo y lo envolvieron en hojas de plátano para evitar que la piel se le pegara. Con el paso de los días mejoró, su piel se recuperó al igual que sus movimientos y conciencia. Todos decían que eso fue posible

gracias a que los hijos de aquella familia eran muy fuertes, pues de pequeños, antes de enchumarlos, los habían untado en manteca de oso, que aún existían en aquellas montañas.

Alguno cuenta cómo al llegar los chulavitas a su casa, los padres los escondieron debajo de la cama, lugar desde el cual los niños vieron con lágrimas silenciosas cómo su padre y tíos caían muertos sobre charcos de su propia sangre. Pasaron la noche allí, sin salir de debajo de sus camas ante el temor de que los asesinos de su familia siguieran en el lugar y también los mataran. Al día siguiente pudieron salir corriendo hasta la finca de algún pariente en busca de ayuda y con el temor de que sus parientes también estuvieran en un charco de sangre.

Otro entrevistado, nieto de antioqueños de La Ceja, en Antioquia, cuenta que vivía en Ibagué y que todos los domingos iba con su padre hasta Anaime por los negocios que tenía. Al llegar a la plaza del pueblo se escuchaban las campanas y sonaba una canción que cree que se llamaba “Tristezas del alma”. La gente iba a la plaza para ver qué había. Había pedazos de cuerpos en costales y se veían piernas, cabezas y partes no identificadas. El cura era quien había puesto la música y dijo algunas palabras sobre la situación.

Otra entrevistada cuenta que su padre, un anaimuno que era un médico acomodado y reconocido quien se encontraba instalado en Ibagué —que al ser ciudad, se sentía más tranquila y libre de la violencia bipartidista en sus calles— había sido convocado por el Gobierno para que —como líder social— apoyara un convenio de paz entre el Gobierno y la guerrilla. Un día cualquiera, a las siete de la noche, lo llamaron para que fuera al barrio Los Mártires a atender una consulta médica de urgencia; al llegar le dijeron que no había nadie enfermo. Al salir de la casa lo metieron en un carro y lo dejaron desangrar antes de llevarlo a la clínica. Lo mataron junto a varios habitantes del barrio.

Muchos se quedaron allí sobrellevando los acontecimientos y viviendo con “el Cristo en la boca”, muchos otros tuvieron que huir para salvar sus vidas. Alguien cuenta que sus abuelos, ya mayores, debieron huir a Ibagué y vendieron todo su ganado a muy bajo precio. Al ser mayores, no tenían la posibilidad de emplearse o de iniciar un nuevo negocio. Vivían de los ahorros, que cada día disminuían. Las familias se separaron, muchos niños fueron criados por sus padrinos o por sus familiares, pues sus padres habían muerto, desaparecido o huido sin ellos. Quienes eran ricos en Anaime engrosaron algo así como una clase media urbana, quienes vivían con holgura pasaron a ser pobres y los pobres del campo se volvieron miserables en las ciudades, lejos de sus redes de apoyo y con habilidades que no eran útiles en la ciudad. Otros tantos incursionaron en la colonización de las lejanas tierras del Ariari o del Caquetá.

Algunos desplazados y viudas vendieron a muy bajo precio sus fincas o se las entregaron a familiares hombres que se hicieron cargo de las mismas a cambio de innumerables tratos, otros arrendaron las fincas y nunca volvieron a ellas y

unos más retornaron cuando la situación mejoró. Muchos, ante la imposibilidad de conseguir quién comprara un gran globo de terreno, lotearon sus fincas y las vendieron a los antiguos obreros. Todos cargaron esos recuerdos y rencores el resto de sus días.

Algunos retomaron o iniciaron sus estudios y se convirtieron en bachilleres, lo que para la época era un logro y abría muchísimas puertas laborales, otros pocos, como mi padre, fueron profesionales y se convirtieron en referentes para sus coterráneos.

En el caso particular de La Holanda, esta fue dejada a cargo de Campos, el antiguo administrador, quien como pudo vendió ganado y salvó lo que pudo. Cuando la situación fue insostenible huyó de allí con su familia y sus pertenencias. La casa de los trabajadores fue incendiada. La casa principal fue desvalijada y luego campamento del famoso guerrillero Sangre Negra, por lo que sus paredes de bahareque quedaron llenas de marcas de bala que yo conocí treinta años después. Desde un avión lanzaron una bomba para destruir el campamento de este famoso guerrillero, pero esta cayó a unos pocos metros sobre una quebrada, causando un enorme hueco y deslizamientos de tierra durante muchos años, hasta que mi padre, años después de regresar, cercó todo y dejó que la vegetación controlara la erosión, al tiempo que se aseguraba el agua para el acueducto veredal. Por los años de la violencia, mi abuelo murió y una vez retornada cierta normalidad, todos sus hijos tenían sus vidas más o menos organizadas fuera de Anaime, la finca se arrendó y, casi como pasa como al final de *La vorágine*, (casi) se la tragó la manigua.



Los años después de la violencia

La violencia marcó el territorio de los años 50 y los movimientos sociales de los años 60 aceleraron procesos sociales. De los que se marcharon, pocos regresaron. Las familias más acomodadas se trasladaron a otras ciudades, principalmente a Ibagué, a Bogotá y —marginamente— a Armenia, alejándose del día a día de la región y delegando las tareas, cada vez más, en sus administradores, marcando una sutil diferencia social entre las familias que se quedaron y las que se fueron a la ciudad y pudieron acceder a mejor educación y a una red social más amplia.

Mientras los dueños de las fincas envejecían, en la ciudad o en sus propias tierras protegidos por sus santos, sus hijos, quienes emigraron a las ciudades, crecían en un entorno urbano y se distanciaban cada día más del territorio de sus ancestros, amoldándose a los nuevos trabajos y creando sus nuevos y propios entornos sociales, de tal forma que cuando era posible regresar y reinstalarse, eran muy pocos los miembros de la familia dispuestos a hacerlo.

Quienes no eran ricos, pero pudieron acceder a trabajos urbanos, más o menos de calidad, conocieron los derechos sociales y la tranquilidad de tener un trabajo sin la zozobra del clima o de los vaivenes de una economía reducida, que en ese momento se consideraba mucho más local. Muchos, de distinta condición económica, accedieron al bachillerato y a la educación superior, ampliando sus horizontes, y se relacionaron con otros de orígenes geográficos diversos. Los grandes negocios se instalaron definitivamente en las grandes ciudades, dejando en Anaime un comercio limitado al consumo local y a la reventa de mercancías que intermediarios llevaban a las ciudades.

Los antiguos obreros, muchos de los que habían llegado de Boyacá, Santander o Cundinamarca, pudieron hacerse a terrenos, que, aunque de menor tamaño que las antiguas haciendas, eran mucho más extensos y fértiles que aquellos que podían soñar en sus tierras de origen. Con mucho trabajo y método lograron ahorrar, mejorar su situación material e incluso convertirse en empleadores de otros obreros. Pareciera que la migración de las familias antioqueñas y tolimeses, más antigua, fue mayor que la de los boyacenses. Se equilibró la balanza de origen demográfico, si existiera este término. Sin embargo, continuó la supremacía económica y política de las antiguas familias sobre las de más reciente aparición.

La agricultura, aunque no logro consolidar una mecanización —que alcanzó a existir con algún tractor en la zona relativamente plana del Cajón—, se dinamizó con la experticia traída por los boyacenses y con la incorporación de técnicas intensivas, aunque no siempre responsables, de la agricultura de la revolución verde. La ubicación de Anaime en el centro del triángulo de oro (Medellín, Bogotá y Cali) y justo al lado del Eje Cafetero, que se concentró en la producción de café, convirtiéndose en un gran importador de alimentos, favoreció la venta de todo tipo de productos agrícolas para el resto del país. Casi todos los días salían camiones cargados de alimentos para Ibagué, Bogotá, Cali y para las ciudades del Eje Cafetero. Esto no consolidó a Anaime, sino a Cajamarca, que se convirtió la despensa agrícola de Colombia.

Entre los muchos productos agrícolas, se destaca la producción de arracacha, de la cual Cajamarca es responsable de casi el 90 % de la cosecha nacional. La arracacha se da allí como en ninguna otra parte: en todos sus pisos térmicos y puede retrasarse su cosecha a la espera de una mejora de precios (Gutiérrez-Malaxechebarría, 2011). La arracacha construyó grandes fortunas en Anaime. Tal es su importancia y la esperanza que se deposita en ella, que una entrevistada cuenta la siguiente historia.

Sus padres sembraban trigo y productos de consumo para el hogar. Estos, al ver que otras personas habían recibido enormes ganancias con el cultivo de la arracacha, decidieron abandonar el trigo y los cultivos de pancoger para apostarle exclusivamente a la arracacha. Todo el dinero y todo el esfuerzo se destinaría a este único producto, cuya cosecha cambiaría para siempre su economía familiar, que de por sí no era mala. La entrevistada recuerda ese tiempo como unos años muy duros, pues lo único que compraba la familia para ellos era la sal. Durante casi una década todo el dinero era para el cultivo, todo lo que recuerda que comían era arracacha, de tal forma que comían tortas, pasteles, sopas y sudados de esta raíz. Al cabo de unas cosechas ya tenían suficiente dinero para comprarse un camión. El padre que no sabía de camiones compró un camión viejo y dañado que los dejó varados en Cartago, Valle del Cauca. Rápidamente, luego del éxito alcanzado con su gran esfuerzo con la arracacha, quebró o, mejor dicho, quebraron.

A raíz del fracaso administrativo del padre, la madre tomó las riendas de la economía familiar y regresaron a la época de una extremada meticulosidad en el gasto. Al poco tiempo salieron nuevamente adelante, gracias a cultivos de flores ornamentales y a la cría de gallinas. También volvieron los cultivos de pancoger. Lentamente, pero con paso firme se recuperaron, gracias a su tesón y a la riqueza de aquella tierra. Salieron de la finca del abuelo y compraron su propia finca. Continuaron sembrando trigo y tenían un molino de trigo que ellos usaban para moler su propio trigo y el de los vecinos. Debido a su baja rentabilidad, poco a poco el trigo fue desapareciendo.

Fue una época de mucha camaradería y simpatía entre todos. Los niños, hijos de quienes se quedaron, trabajaban en los oficios del campo, arreando, ayudando en el ordeño, cargando bultos y acompañando a sus padres en los negocios y en la administración de la tierra. Las niñas por su parte ayudaban con algunas labores como desyerbar, eran entrenadas para atender a sus futuros maridos; ayudaban en la cocina, esperaban a que llegaran sus hermanos y los atendían, lavaban en el río —si eran cosas grandes como cobijas, de lo contrario en los lavaderos de lajas de las fincas o en esas enormes albercas, que casi parecían piscinas— y planchaban la ropa propia, la de los hermanos y la de cama con pesadas planchas de carbón. Fácilmente podía llegar la medianoche mientras se continuaba planchando a la luz de las velas.

La solidaridad volvió a ser como en los años iniciales, se hacían mingas o convites para arreglar los caminos y rifas para ayudar a quienes necesitaban dinero para una operación o un entierro. Esto se transmitía a los niños, que jugaban a las cooperativas, que consistía básicamente en unir varios alimentos y bebidas en un potrero y compartir.

Los hijos de las familias que quedaron y de las que se fueron conservaron lazos muy cercanos. Los hijos de los emigrados iban en las vacaciones que tenían y disponían de las fincas familiares, ahora en manos de sus tíos, como si fueran propias —claro, muchos jamás regresaron—. Un abuelo me cuenta que vivía en Bogotá y que desde los once años viajaba a partir del primer día de vacaciones, sin acompañamiento, en flota a Anaime, donde se quedaba hasta el último día. Particularmente, aquellos que solo iban de vacaciones recuerdan con nostalgia la gran variedad agrícola que había —arracacha, frijol, maíz, arveja, etc.— y los inmensos guayabales y cafetales en los que se perdían de niños jugando, o más tarde amando.

Había una playa donde hoy hay un puente que permite pasar al colegio, que está al otro lado del río. En aquella playa se encontraban los niños y jugaban a todo lo imaginable, particularmente los domingos, que era cuando la gente llegaba al pueblo desde sus fincas o desde Ibagué y Armenia a hacer negocios. Esos días el parque del pueblo, que era empedrado y con una pila de agua en el centro, era un lugar muy agitado: la gente amarraba sus bestias —equinos y

mulares— allí y había muchos toldos con comidas y con juegos: tiro al blanco con escopeta, sacar papelitos al azar (a veces el papelito lo sacaba un perico) o juegos de adivinar los números.

En ese momento el mercado principal del municipio de Cajamarca era en Anaime. Este era enorme y se realizaba sobre sus calles estrechas, llegaban camiones de todas partes y había una sucursal de la Caja Agraria y del Banco de Colombia y muchos almacenes y graneros.

Un adulto de hoy recuerda que en su infancia, a inicios de los años 60, acompañaba a su padre a Anaime todos los domingos después de la misa de seis de la mañana en Ibagué, su padre, que tenía un granero en la Plaza de La 14 en Ibagué, se quedaba en el bar El Ganadero haciendo negocios y tomando aguardiente. El padre compraba frijol, maíz y arveja, mientras él —el hijo, en ese entonces preadolescente— iba a las tiendas (con lista en mano) a cobrar por los productos con los que su padre los había surtido. Al mediodía esperaba sobre un carro a que su padre le enviara un nuevo papelito con las órdenes de cuánto vender, cuánto cobrar y cuántos costales recibir. Mientras tanto, su madre pasaba el día visitando amigas y familiares. Al final del día regresaban a Ibagué con el cuerpo cansado y felices de haber recargado su espíritu en la tierra de sus afectos.

Su padre había sido un hombre muy pobre que inició sus negocios en Anaime alquilando caballos. Posteriormente, compró un granero y, más tarde, tres carros para movilizar carga. Se casó con una mujer de una familia adinerada de Anaime, puso un granero en Ibagué y, al tener dinero, juntó el pedazo de finca que su esposa había heredado con los de los demás herederos, esta finca se sumó a las otras fincas que tenía su esposa.

Tiempo después de los negocios en el bar El Ganadero, probablemente entre 1970 y 1972, un incendio en la plaza de La 14 en Ibagué devoró su granero y sus padres regresaron a Anaime, donde se instalaron en la más pequeña de sus fincas, que era la única a la que se llegaba por carretera, a todas las demás se llegaba después de varias horas a caballo. En sus fincas cultivaban mucha arracacha, también papa, zanahoria, remolacha y frijol. Él se quedó en Ibagué estudiando el bachillerato y luego viajó a Bogotá a estudiar una carrera profesional y después otra.

Si bien, al construir la carretera Panamericana, Anaime quedó aislado, tiempo después se hizo la carretera que unió el pueblo con la Panamericana, lo que permitió actividades comerciales como las recién mencionadas. Años más tarde, al pavimentar la carretera entre Anaime y Cajamarca, se hizo más fácil llevar los productos hasta Cajamarca y comercializarlos allí. Rápidamente, sin el mercado en sus calles, Anaime fue decayendo, a raíz de ello los bancos se trasladaron definitivamente a Cajamarca y los negocios perdieron dinamismo, lo que llevó

a muchos a cerrar. En Cajamarca, que es más grande y queda sobre la Panamericana, había un mejor transporte a todo el país y a las demás veredas que no hacían parte de Anaime. Todo era más fácil allá.

En Anaime había dos colegios, uno para señoritas y otro para varones. Solamente se enseñaba la primaria; al parecer, estos colegios eran unas feas construcciones en tapia pisada. Los entrevistados hacen énfasis en que sus familias insistían en la importancia de la educación. En las familias pobres, las mujeres tenían más oportunidades, pues a los varones los dejaban en las fincas, donde su mano de obra era requerida. Las niñas estudiaban en alguno de los colegios con bachillerato en Cajamarca: uno era un internado, que era muy útil para aquellas niñas del campo sin familia en ese pueblo. Trasladarse a Cajamarca o a Ibagué implicaba contar con algún apoyo familiar por lo que vivían en las casas de los tíos, padrinos o, incluso, si tenían recursos, se trasladaban con sus madres. Este era un aspecto que no se discutía en las familias acomodadas, pues se daba por hecho que había que educarse. En el caso de las familias con economías más inestables era visto como una oportunidad de ascenso social y de garantizar una mejor vida. “Para que no les toque tan duro como a nosotros”, decían los padres.

Quienes estudiaban en Cajamarca viajaban a las fincas donde vivían sus padres en la última línea (transporte público rural programado) del viernes, en las fincas ayudaban recogiendo café, curuba o cultivaban cilantro o algo que requiriera atención esporádica y, así, conseguían algo de dinero y apoyaban la economía familiar. En la última línea del domingo regresaban a Cajamarca para seguir estudiando el lunes.

Los obreros llegaban principalmente del Quindío, al que Anaime se parece más en términos culturales, topográficos y climáticos, aunque administrativamente esté ubicado en el Tolima. Los obreros llegaban buscando trabajos, que no faltaban en ganadería o en agricultura, pues en el Quindío el café solo ofrecía trabajo en las temporadas de cosecha. También llegaban muchos de Roncesvalles, particularmente de Santa Helena, los cuales eran fácilmente distinguibles, pues en su mayoría eran muy blancos, colorados y rubios, estos últimos llegaban atravesando los valles (páramos), que siempre describían como un lugar idílico, plano (recordemos que para las condiciones topográficas de Anaime algo plano se consideraba de por sí algo bueno) y con abundantes animales para la pesca y la cacería.

Si bien estos años se recuerdan románticamente como años de prosperidad y solidaridad, los avances sociales no eran muchos. Un argentino de ciudad, que conoció la zona en los años 80, recuerda haberse sorprendido por el verdor y las montañas, pero también recuerda la sensación que sintió de haber viajado al pasado. Las chivas y los Willis (para mí por mucho tiempo Willis fue sinónimo de

campero) en los que se transportaba la gente y la carga le parecieron vehículos de las épocas de las guerras mundiales. Las calles eran angostas, llenas de gente hablando entre sí, y las personas se movilizaban a caballo.

En particular, lo sorprendieron las relaciones verticales y el servilismo con que los peones trataban a los patrones: decirles al otros “don” o “doña”, que los empleados esperaran a los patrones con los caballos en el pueblo y que de camino a la finca el patrón fuera a caballo mientras el empleado iba caminando y que el aguacafé estuviera listo para darle la bienvenida al llegar a la finca. Le pareció casi un sistema esclavista en el que los niños de siete u ocho años trabajaban en las fincas como enrejadores (los que amarran las vacas en el ordeño, ayudan a separarlas de los terneros o secan la leche evitando la mastitis) o como arrieritos, lejos de sus padres, por un sueldo muy inferior al de los adultos. Este sistema requería que el encargado de la finca tuviera esposa, para mantener la casa en orden y preparar los alimentos de los obreros, pero estas mujeres no recibían sueldo, si acaso una propina del patrón o de su marido, quien administraba el dinero de la venta de la comida. Sin olvidar que, si el obrero tenía hijos, estos se consideraban una carga por parte de los hacendados, pues tomarían más leche o comerían más de los alimentos que se producían.

Figura 13. Anaimé en primer plano y Cajamarca al fondo



Fuente: archivo familiar.

Nota: la fotografía fue tomada probablemente en 1982.

Fue esta la época en que mi papá, después de mucho viajar trabajando, decidió tomar sus ahorros y comprar los derechos que habían heredado sus hermanos

sobre la finca familiar. Había pasado mucho tiempo sin que los dueños hubieran estado allí, razón por la que compró muy barata aquella finca que en los recuerdos era el paraíso y el reino familiar en esta tierra, pero que en realidad era más bien un intangible.

Figura 14. Vista de un pequeño sector del cañón de Anaime desde, La Holanda, la antigua finca familiar (segunda década del siglo XXI)¹⁰



Fuente: archivo familiar.

La finca había estado arrendada y el arrendador poco invirtió en su mantenimiento. Los conejos que criaba habían hecho madrigueras en las bases de la casa por lo que esta estaba toda chueca. La casa ya desvalijada desde la época de la violencia solo conservaba una enorme mesa de cedro con una pata quemada, pues como no la pudieron robar intentaron quemarla, pero solo se quemó una pata. Las paredes de bahareque llenas de agujeros de balas tenían varios huecos por los que entraba ese aire helado que venía desde el nevado del Tolima que se veía justo al frente.

Comimos y regalamos conejos. Con un gato hidráulico se levantó el piso y con boñiga fresca se taparon deprisa los huecos para evitar congelarnos. De noche, algunos de estos pedazos de boñiga caían sobre nosotros. Recuerdo que después de un día de trabajo, a la luz de vela, reíamos de noche y sobre nuestras bocas abiertas cayeron pedazos de boñiga, lo que, más que asco, causó risa.

La comida era siempre la misma: frijoles, arroz y una tira de carne salada que al final de la semana y a falta de nevera ya sabía a podrido. La comida se alegraba con los aportes de los vecinos que llegaban a saludar y traían regalos abundantes, compartiendo sus cosechas con los viejos recién llegados.

Se llegaba después de unas tres o cuatro horas a caballo desde Anaime o desde Tapias por un camino que probablemente se abrió en los años de la colonización

¹⁰ En la fotografía de la derecha, al fondo, puede observarse el volcán nevado del Tolima.

y subía serpenteando en zigzag. Si se subía a pie, el tiempo era mucho mayor; afortunadamente, si los vecinos nos veían cansados trepando por los caminos, nos prestaban un caballo y un niño que regresaría el caballo a su casa.

Figura 15. Familia campesina en Anaime, años 80



Fuente: archivo familiar.

El suelo fértil y las abundantes lluvias habían favorecido el crecimiento de la vegetación. Lo que antes eran potreros ahora eran terrenos cubiertos de bosques espesos con árboles forrados de musgos y de orquídeas. En algunas partes había pasto, pero tenía tanta maleza que no se sabía si había más pasto o más rastrojo. Mi papá empezó a limpiar los potreros más cercanos a la casa. Esto se hacía según el tipo de maleza, con machete (para cortar) o con azadón (arrancando las malezas de raíz) o primero con uno y después con el otro si las malezas estaban muy crecidas. En otras zonas, las de vegetación más espesa, se cortaron y quemaron los arbustos para sembrar papa o arracacha, durante este proceso se sacó carbón vegetal. Esto parecía calcado de las historias de la colonización, solo que ahora todo era más costoso y el hermoso bosque cubría mayor área que antes de la violencia.

Los empleados vivían en casas sin luz, a varias horas del pueblo y de cualquier servicio básico, se cocinaba a leña y se lavaba sobre unas lajas de piedra apoyadas en unos palos, había una casa alejada de la casa principal: la casa del Corazón, que estaba rodeada de varas amarradas con lianas para evitar que las gallinas se escaparan.

Los primeros animales que llevó mi padre eran unos cerdos que pastoreaban libremente y que caminaban distancias enormes. Después compró un lote de vacas y me llevó a recogerlas. Yo tendría unos seis años y viajaba en mi propio caballo. La travesía inició de madrugada y al atardecer dejamos las vacas en un potrero de unos amigos. Fuimos hasta la finca a dormir en un corredor que mi papá había adaptado con dos camarotes, pues era el único lugar con las paredes completas; al día siguiente alguien trajo las vacas que llegaron hacia el mediodía. Con su leche se producía queso y con el suero que salía como subproducto se alimentaban los cerdos.

Poco a poco la finca volvió a tomar forma, mi padre hizo bebederos y saladeros para el ganado y poco a poco levantó las cercas. Las paredes de bahareque se cambiaron por paredes de tabla, que luego fueron tapadas con tragaluces para evitar que entrara el frío por la unión entre las tablas (mi padre se quejaba de que ya no había maderas finas en el bosque). Trabajaba con candelo y tuno para lo más grande y con mantequillo para los tragaluces. Las bases eran de helecho macho.

Supongo que en su interior buscaba terminar su labor de administrador general interrumpida abruptamente por la violencia o hacer lo mismo que su padre cuando fundó la finca. En su recuperación, que nunca terminó, la finca jamás dejó de pedir dinero y fueron pocas las épocas en que los ingresos eran superiores a lo que había que invertirle.

Al poco tiempo de comenzar con las reparaciones un amigo suyo que era gobernador le propuso ser alcalde de Cajamarca, lo que él inicialmente rechazó, pues ya no conocía en detalle el municipio y, sobre todo, al tratarse de un cargo político, porque podía quedar desempleado rápidamente. Finalmente aceptó y se lo tomó muy en serio. Asumió su cargo de jefe de la Policía y encabezó las batidas que se hacían en la zona de tolerancia, que era un lugar vedado a la autoridad. Mi madre no dormía en aquellas noches y le decía que a él lo habían nombrado alcalde, no *sheriff*. Construyó, con donaciones, una plaza de ferias: así ya no se realizaban las ventas de animales sobre las calles (una insalubre práctica de antaño), techó el polideportivo, remodeló la plaza de mercado, logró que elevaran a vía de carácter nacional la carretera que debía comunicar a Anaime con Roncesvalles y muchas cosas más. Unos ocho o nueve meses después, todo su impulso se frenó en seco, pues hubo cambio de gobernador y el nuevo gobernador pidió su renuncia para nombrar a otra persona. La gente de la época aún hoy lo recuerda como el mejor alcalde que hubo.

Por aquella época, los jóvenes siguieron estudiando y buscando oportunidades en las ciudades, principalmente en Ibagué, Cali, el Eje Cafetero o Bogotá, dependiendo en dónde se encontraban su familia y sus amigos. Las hijas de campesinos se empleaban como empleadas domésticas, en peluquerías o en almacenes, y los hombres, que emigraban menos, en construcción, ebanistería o en otros oficios no calificados. Muchas jóvenes que se quedaban tenían hijos muy tem-

prano, pareciera que, si a los diecinueve años no tenían un hijo, iban atrasadas en la vida. No importaba que el padre no apareciera para nada. Entre estas madres jóvenes se encontraba mi amor platónico de la infancia, yo tendría siete y ella dieciocho y era mi razón para permanecer horas y horas en la biblioteca, donde era bibliotecaria. En su casa había una alberca tan grande que en ella criaba algunos peces. Gracias a ella también tuve acuarios por muchos años.

Figura 16. Plaza de ferias de Cajamarca, inicios de los años 80



Fuente: archivo familiar.

Algunos de los jóvenes y las jóvenes que se fueron regresaron hastiados de la ciudad y con ganas de trabajar en sus tierras y aportar al crecimiento del municipio. Una de ellas, después de aventurarse en múltiples empleos en Bogotá, decidió regresar: se capacitó en el hospital de Cajamarca y se empleó como voluntaria en un servicio de promotora de salud veredal, como era poco el trabajo, organizó fiestas para los niños y lideraba convites para mejorar la carretera. Al tiempo empezó a estudiar a distancia, por lo que viajaba todos los fines de semana a Ibagué, que queda a una hora larga de Cajamarca. Sus hermanas se casaron con campesinos y se dedicaron al hogar, sus hermanos trabajaron en la Policía y como docentes y una vez se pensionaron regresaron a su terruño.

Durante estos años la actividad ganadera y agrícola se intensificó. Tanto que hubo un ensayo de una cooperativa pasteurizadora de leche, empresas grandes como Colanta empezaron a comprar leche en la zona e instalaron tanques enfriadores y se hablaba de la cuenca lechera de Anaime.

La agricultura incluyó nuevos productos que iban apareciendo por modas, sin olvidar la arracacha: curuba, tomate de árbol, lulo y granadilla. Esta agricultura se hizo más dependiente de los agroquímicos y se hizo de forma muy agresiva, con el suelo sembrando las eras en la dirección de la pendiente. Estos suelos que tenían una de las capas de tierra negra más amplias del continente se fueron erosionando. Años después, con las campañas del profesor Yarumo y con estrategias estatales, se empezó a sembrar atravesado; es decir, las eras de cultivo seguían las curvas de nivel disminuyendo la erosión. Sin embargo, ya la producción era dependiente de los agroquímicos.

Algunos ganaderos incluyeron razas mejoradas y sistemas avanzados como la inseminación artificial, las cercas eléctricas y la alimentación formulada. Se llegó a decir que había animales de raza normando de la misma calidad que los que había en Francia. Algún finquero, que era como un genio, inventó un sistema con el que por medio de tarabitas traía el pasto de corte desde las zonas más altas de su finca para alimentar las vacas que estaban en la zona baja y más plana. También incursionó en la cría de lombrices para producir abono y para alimentar camarones en las costas lejanas. Era un verdadero referente de innovación tecnológica. Incluso en su finca tenía instalada una turbina Pelton con la que se abastecía de energía y alimentaba unas fincas vecinas.

Toda esta actividad generó mucho empleo, difícil era encontrar a algún desempleado en el campo, y mejoraron las condiciones económicas de todos, patrones y empleados. Poco a poco se fue masificando la electrificación rural y las carreteras penetraron, muy lentamente, casi todas las veredas, haciendo que las recuas de mulas se cambiaran por camperos, que resultaban más cómodos y fáciles de mantener, el espacio ganado al vender las mulas se utilizó para ampliar los cultivos. Las calles del pueblo se fueron pavimentando.

Ibagué, capital del departamento, quedaba a una hora larga de Anaimé y Armenia, capital del Quindío, a más de dos horas. Sin embargo, los habitantes preferían tomar sus servicios médicos allí, al igual que otros servicios, pues no les parecía tan caliente como Ibagué, la gente les parecía más amable y la atención más eficiente. Mostrando una mayor cercanía cultural con el Quindío que con el Tolima.

Tanto era el bienestar que cuentan que en los agitados años 80 la guerrilla del M-19 reunió a varios estudiantes con el fin de reclutarlos mostrándoles las inequidades del país y los problemas de hambre. Sin embargo, dicen que los jóvenes anaimunos les dijeron que ellos no veían el problema del hambre, que en la región sobraba comida y no se aliaron. Sin embargo, algunos obreros ya no mantenían la cabeza agachada frente a todo y empezaron a reclamar “es que no somos esclavos”. Se veían algunas banderas de este grupo guerrillero y algunos viejos, que habían vivido la violencia y regresado después de esta, se llenaron de temor por los recuerdos de lo vivido en los años 50 y regresaron a vivir a

las ciudades. La inversión no se detuvo, pero tampoco creció, quien tenía algún dinero quedó a la expectativa. Aun así, la zona se mantenía como una isla de paz en un país convulsionado.

Otros grupos armados, particularmente las FARC y los paramilitares, se fortalecieron en otras zonas del país. Las noticias llegaban de viva voz por parte de aquellos anaimunos que se aventuraban en las zonas de conflicto como raspadores de coca. El narcotráfico también se fortaleció, con su violencia urbana, llena de bombas y tiroteos en las grandes ciudades, muchos fueron tentados a viajar como mulas del narcotráfico, principalmente a Estados Unidos. La zona no podía mantenerse en calma por mucho tiempo en un país convulsionado, sobre todo cuando su ubicación estratégica la convertía en paso obligado para todos los grupos involucrados en el conflicto. Al igual que en todo el país, la cultura de la plata fácil a cualquier costo permeó en todos los estamentos de la sociedad.

En 1990 se firmaron los acuerdos de paz con el M-19. Sin embargo, otros grupos armados ya estaban fortaleciendo su presencia en la zona.



La guerra de los años 90 y 2000

*Este periodo se considera especialmente doloroso para los entrevistados, quienes des-
vían las respuestas sobre hechos puntuales de esta época o, si dicen algo sobre
estos, los presentan con tantas vueltas que es difícil entender qué paso, en el
mejor caso cuentan lo que le pasó a alguien más, no a ellos. De tal suerte que
parece que los hechos le sucedieron de manera masiva a todos, con la excepción
del entrevistado.*

Si bien algunos, como he dicho, abandonaron la zona a mediados de los años 80, fue a inicios de los 90 que el panorama se hizo más confuso y algunos grupos de delincuencia común se hicieron pasar por guerrillas para obrar con total impunidad. A uno de nuestros vecinos lo secuestraron, lo orinaron y defecaron en la cara. Después descubrió que las cartas de amenaza tenían la misma caligrafía que las cartas de amor que recibía su hija; eso, sumado a que la comida le llegaba caliente al cambuche en el que lo tenían, lo hizo sospechar del trabajador de la zona que le escribía cartas de amor a su hija.

Los asaltos al peaje de Cajamarca, ubicado en plena vía Panamericana y relativamente cerca del pueblo se volvieron rutinarios, el robo de ganado aumentó, los animales desaparecían como por arte de magia y a los propietarios de las fincas más grandes los empezaron a extorsionar. Los hacendados buscaron ayuda del Ejército, ayuda que nunca llegó, pero en alguna de las reuniones con los altos mandos les insinuaron que en el Magdalena Medio habían resuelto el problema con la ayuda de grupos paramilitares. No aceptaron la sutil sugerencia, aunque la situación era tan angustiante que debieron pensarlo a profundidad antes de

decidir. En todo caso hubo algunos muertos, que eran aquellas personas que todos sabían en silencio que eran los ladrones. Se decía que los habían matado las FARC, que limpiaban el pueblo de pillos y ladrones.

Poco a poco entró la guerrilla de las FARC, imponiendo algunas normas que afectaban el día a día y el panorama se hizo tan confuso que no se sabía de qué lado provenían las amenazas y ataques. Muchos decidieron que sus hijos se alejaran de la región. Por ejemplo, mi padre, a quien siempre yo acompañaba a la finca —para pasar largas temporadas trabajando y ayudando en los convites, que esparcían recebo en la carretera lodosa— y quien me ponía a vacunar el ganado, castrar terneros o a pulir la madera aserrada, dejó de llevarme y me dejó claro que no quería que estudiara nada relacionado con el campo y que no convenía seguir yendo. Ahora, el antiguo refrán se ampliaba: además de que el campo ennegrecía, empobrecía y embrutecía, era peligroso. Basta decir que olvidé todo lo relacionado con el trabajo del campo y que me alejé de la zona; esto rompió mis relaciones con el terruño. Algunas de las amistades tampoco volvieron y nunca nos vimos nuevamente.

Finalmente, las FARC monopolizaron el orden en la zona y, al menos, ya se sabía con quién se estaba interactuando. Incluyeron leyes que les beneficiaban, como mantener las carreteras (por donde se movilizaban) en buen estado, lo que hizo que nuevamente las comunidades trabajaran unidas bajo un mismo propósito, claro que ahora era un trabajo obligado y no por conciencia colectiva. También impusieron la prohibición de tala, caza y pesca. Sin embargo, más que razones ecológicas los motivaba el tener los bosques para ocultarse y libres de intrusos. Además, un disparo de un cazador en una zona en guerra podía ser confundido con un ataque enemigo.

La relación entre la comunidad y las FARC dependía de quién fuera el comandante. Como los comandantes cambiaban con la rapidez con la que el anterior caía en los combates con el Ejército, las normas y la cantidad o periodicidad de las extorsiones también lo hacían. De tal suerte que la regularidad de un cobro que en un inicio se asumía como un impuesto más era difícil de proyectar. En algún momento las extorsiones fueron tan masivas que las debían pagar ya no solo los finqueros acomodados, sino incluso los obreros, que debían entregar el dinero de un jornal cada mes.

Una señora que estaba pasando una temporada en la finca familiar, ahora de propiedad de un primo, iba caminado por la carretera con un brazo enyesado y de repente le salieron al paso varios guerrilleros; del susto se tropezó y el comandante Carrillo le dijo: “Cuidado se cae”. Casi muere del susto. Unos días después estaba ella en un café en pleno centro de Cajamarca, cuando apareció el mismo Carrillo y la saludó de beso en la mejilla. Fueron los dos únicos encuentros que tuvo con él. El segundo, con beso en la mejilla, bastó para que rápidamente se regara la voz de que era auxiliar de la guerrilla.

La convivencia con las guerrillas se hizo ineludible; si pasaban por una casa se les debía dar comida, leche o refugio. No había opción, no se trataba de simpatías. Esporádicamente el Ejército hacía presencia y, al no conocer la zona, asumía que todos los allí presentes podían ser guerrilleros o al menos auxiliares de estos. Entraban a las fincas y casas, al igual que la guerrilla, pidiendo alimentos o al menos permiso para acampar allí (permiso que nadie negaba por miedo). Darle alimento o permiso a cualquiera de los actores armados hacía ver a los habitantes como auxiliares de estos y pagar las extorsiones como financiadores. Así, la población quedó entre fuegos cruzados ante la imposibilidad de negarse a sus solicitudes a sabiendas de que quedarían marcados por ello. Era algo así como una estrategia para postergar una sentencia a muerte.

En algún momento, la guerrilla se tomó el pueblo de Anaime, mató a varios agentes de policía y destruyó el cuartel. La Policía se fue del pueblo, pues “no había condiciones para su seguridad”. Imaginen cómo quedaron los habitantes con esta decisión y, sobre todo, con la motivación de la misma. Si no había seguridad para la Policía, ¿cómo sería la situación para los civiles?

Unos meses después de la toma guerrillera a algún habitante se le ocurrió celebrar una fiesta tirando voladores. Los habitantes que no sabían de ello y escucharon los estallidos pensaron que nuevamente la guerrilla se había metido al pueblo. Cuentan quienes estuvieron, que había gente que se metió debajo de las camas y otros, previendo que las paredes de la casa se les pudieran caer encima por las explosiones, salieron corriendo a las calles con sus hijos de la mano. Un mar de gritos, lágrimas y angustia causado por una celebración. Al saber qué había pasado, todos volvieron a sus casas, no sin antes asestar varios insultos al que lanzó los voladores. Por mucho tiempo no se volvió a utilizar pólvora recreativa.

El caos y la angustia con los que se vivía ayudaron para que los administradores informaran a los dueños de las fincas que la guerrilla les había pedido dinero. En muchos casos la solicitud venía por parte de los mismos administradores o de otros trabajadores para recibir un dinero a nombre de la guerrilla, que nunca lo había solicitado. De hecho, se reportó que:

A otro señor lo esperaron hasta que cerró su negocio y en una esquina oscura lo interceptaron para confesarle que eran guerrilleros del frente 51 de las FARC, que necesitaban la plata que tuviera. El cuento resultó bien raro, pues para nadie es un secreto que en esta zona opera el frente 50, el mismo de la toma guerrillera. (Redacción el Tiempo, 1997, párr. 4)

En 1993 o 1994, cuando Carlos Julio, el antiguo empleado de mi abuelo y amigo de mi padre ya estaba instalado en la finca —con la promesa mutua, compartida con mi padre, de seguir trabajando allí hasta que uno de los dos muriera—, llamaron a mi padre a avisarle que no habían vuelto a ver a Carlos Julio. Fue un caso lleno de dudas e interrogantes. Él había trabajado con los ferrocarriles y

tenía a su familia instalada en Bogotá. Vivía en la casa de la finca con una pareja joven, el hombre era su ayudante y la chica se encargaba de la comida y de la ropa; además, había una casita en el otro extremo de la finca, la casa del Corazón se llamaba, donde en ese momento estaba viviendo una persona que se dedicaba a hacer contratos y que tenían un perro pequeño y lanudo.

La mujer que vivía en la finca dice que se apoyó en la baranda del corredor de la casa, que quedaba en un alto, a mirar al paisaje y vio que don Carlos Julio iba caminando por la carretera hacia el pueblo, de pronto entró a un tramo de carretera que pasaba por un monte espeso y no lo pudo ver desde la casa, no lo vio salir (¿por qué estaba tan atenta a ver por dónde iba este señor?). La sola noticia le pareció rara a mi papá y pidió ayuda para buscarlo. La Policía de Cajamarca no acudió, porque no estaban dadas las condiciones para su seguridad. Así que lo acompañó un grupo de la Defensa Civil.

Iniciaron la búsqueda en los alrededores de la carretera, por aquel monte vieron un rastro de vegetación doblada que indicaba que por allí habían arrastrado algo pesado. Efectivamente, por un precipicio vieron un cuerpo colgando de unas plantas de chusque —un bambú nativo y de bajo porte—. Lo sacaron y era el cadáver de Carlos Julio, cuya cabeza estaba completamente negra por la sangre acumulada debido a la posición en la que se encontraba. Mientras todo esto pasaba, el perrito lanudo, que estaba muy lejos de la casa del Corazón, observaba todo. Lo habían matado a garrotazos y le habían tirado gotas de ácido en la cara; todo parece indicar que lo torturaron para que dijera algo. Nadie podía imaginar qué buscaban.

Hubo muchos rumores acerca de quién sería el asesino y que este lo había matado porque Carlos Julio lo había encontrado en malos pasos, pero nada concreto. Por supuesto que no había sido la guerrilla, ¿por qué o para qué lo habría hecho?; además, cuando mataban a alguien se aseguraban de que el cadáver quedara a la vista de todos, como un claro mensaje que desmotivaba a los demás de hacer lo que el muerto hacía. Nunca hubo investigación ni pasó nada. No hubo ayuda ni del Estado ni de las FARC, que se supone sabían todo lo que pasaba en la zona; solo una breve nota de prensa sobre el hecho. No se supo realmente qué pasó. La situación caótica de orden público fue la mejor aliada para la impunidad.

Para mi padre fue un golpe enorme la muerte de su amigo y aliado para que la finca fuera por el buen camino: la impotencia, la falta de ayuda de quienes podrían haber ayudado en algo, el hecho de que el asesinato sucediera en su tierra sagrada y el mensaje claro de que nadie estaba seguro allí constituyeron un panorama desolador. Él, quien defendía la conservación de los bosques, hizo talar ese monte de tal forma que ahora sí se puede ver ese tramo de carretera desde la casa. Recién ahora comprendo que haber talado ese monte tenía un enorme peso simbólico y de tratamiento espiritual; no se trataba de tener un nuevo potrero. Creo que esa tala fue su forma de hacer terapia y de compartir con su tierra su sufrimiento.

Era común ver las paredes de las casas con grafitis de FARC-EP, los que no podían borrarse por orden estricta de la misma guerrilla. El Ejército veía esto y asumía que era propaganda que los mismos habitantes habían puesto. Varias veces la carretera entre Anaime y Cajamarca quedó bloqueada. Empezaban a usarse los celulares, pero allí no era posible instalar las antenas, según decían, por orden de la guerrilla, que temía que se usaran estos teléfonos para delatar su ubicación.

En algunos casos, las extorsiones, llamadas vacuna o boleteo, debían enviarse con el chofer de la línea o de la lechera, lo que inmediatamente convirtió a estos en mensajeros; no tenían posibilidad de negarse a hacer estos encargos u otros que incluían llevar mercados, heridos o cajas cuyo contenido era un misterio. Esto generaba no solo sospecha por parte del Ejército, sino por parte de los propios vecinos, que no sabían si en realidad el chofer estaba siendo forzado por la guerrilla o era un negocio que había inventado.

Otras veces las extorsiones debían llevarse a sitios lejanos, con estos intermediarios o en persona; era común llevarlos a un lugar que quedaba entrando montaña arriba por el caserío de Coello, ubicado muy cerca de Ibagué.

Mi padre poco hablaba de esto y solo nos dábamos cuenta porque su semblante cambiaba o musitaba, entre tristeza e impotencia, alguna palabra que casi le salía en clave. La última llamada que recibió en este sentido fue cuando, alrededor de sus 80 años, estaba hospitalizado (hospitalización que duró casi un mes) y recibió una llamada para cobrar la cuota de la temporada. Mi padre contestó algo así: “Estoy en la clínica Calambeo en la habitación tal, si es muy urgente vengan por la plata acá”. Mi padre era muy querido por la gente, lo que seguramente sabían los guerrilleros y supongo que por eso decidieron no molestarlo más en su vejez.

La situación fracturó a la sociedad: todos eran sospechosos entre sí y no se animaban a contarse sus problemas, asociados con la guerrilla, con el Ejército o con la delincuencia común —que a veces eran difíciles de distinguir entre ellos—, a sus amigos ni a sus vecinos, que podrían pensar que de pronto eran informantes de uno u otro bando. Una señora, que había sido líder social y que conocía a todos, llegó al punto de contestar ante las preguntas de orden público “solo abro la boca para comer”. Las amistades e iniciativas colectivas se quebraron. Quienes tuvieron la posibilidad, vendieron sus fincas muy baratas y se instalaron en Ibagué o en el Quindío e iniciaron nuevos proyectos agropecuarios en zonas más tranquilas, como el Quindío mismo o el Magdalena Medio. Muchas personas enviaron a sus hijos a estudiar lo más lejos posible, incluso a Estados Unidos cuando había suficiente dinero. Otros se arriesgaron en nuevos negocios que no tuvieran que ver con el campo, como el caso de un exitoso constructor en el Quindío.

Nuevamente se generó una estigmatización social por el lugar en el cual la gente vivía, se empezó a considerar a Anaime como zona guerrillera y, por lo tanto, a sus habitantes como tales. El señalamiento fue aún mayor en la zona de Potosí, habitada por parceleros y cuya ubicación en la cabecera del río Anaime la convirtió en paso obligado de los actores armados hacia otras regiones.

Como si fuera poco, en octubre de 1994 una avalancha destruyó veintisiete viviendas, una fábrica de quesos, la Escuela Puente Hierro y parte de la carretera que comunica a Cajamarca con Anaime y algunos puentes sobre el río de este nombre. El daño más grave fue la destrucción total del antiguo Puente Hierro. Los vecinos del área aledaña sufrieron gran cantidad de perjuicios para el transporte, pues debían recorrer enormes distancias. Algunas veredas también quedaron aisladas por falta de puentes.

Figura 17. Una casa y el Puente Hierro durante la avalancha de 1994



Fuente: elaboración propia a partir de El Nuevo Día (1994).

La suma de males hizo que Anaime casi se convirtiera en un pueblo fantasma; si bien sus casas estaban habitadas, del antiguo comercio solo sobrevivía una panadería en el parque y un vetusto almacén. Casi todo el comercio cerró; era tal la situación que se llegó a decir que para comprar una rama de cebolla había que ir hasta Cajamarca.

En otras zonas del país la situación era incluso peor. Por lo que en todo el país se escuchaban reflexiones como “Colombia a pesar de todo va hacia adelante” o “Imagínense lo que sería si no hubiera guerrilla y se pudiera trabajar en paz”. El desespero por la situación general del país llevó a que en el 2002 se eligiera por una enorme mayoría a un Gobierno que prometía acabar con la guerrilla, a quien creíamos la responsable de todos los males del país.

Esto inauguró la política de la “seguridad democrática”. Se fortaleció la presencia del Ejército, acompañada de aviones que regaron los campos con papelitos ofreciendo recompensas a cambio de dar información acerca del paradero de los jefes guerrilleros, cuyas fotos y datos aparecían en estos. En algunas fincas se veían combates con personas uniformadas corriendo por las montañas. El Ejército realmente se instaló y permaneció por largo tiempo en la zona, a diferencia de sus esporádicas y caóticas incursiones anteriores, lo que dio confianza a algunos a aliarse definitivamente con ellos.

La seguridad llevó a la captura de innumerables personas acusadas de ser financiadores o auxiliares de las FARC, muchos de los cuales lo fueron de forma obligada. Se consideró auxiliar a dar alimentos o permitir el paso por sus fincas y financiar a pagar las extorsiones. Por supuesto, que entre ellos había milicianos y verdaderos auxiliares, pero la mayoría de los capturados eran gente del común que había actuado bajo amenaza, al menos tácitamente. A algunos los detuvieron en la plazoleta de la Gobernación del Tolima en Ibagué, donde fueron expuestos y quedaron marcados socialmente. La humillación fue tremenda. La tía de un entrevistado murió de una complicación cardíaca causada por haber sido parte de una de estas detenciones.

Los teléfonos celulares fueron intervenidos: en cualquier momento detenían a alguien para preguntarle, por ejemplo, “¿por qué estaba coordinando la entrega de dinero con el chofer de la lechera?” o “¿esta persona hace cuánto transporta el dinero de la guerrilla?, ¿es guerrillero?”. En este caso, el chofer era detenido para ser interrogado, lo que hacía que tiempo después la guerrilla lo detuviera también para preguntarle por qué colaboraba con el Ejército. En muchos casos, los habitantes decidieron trasladarse a una ciudad donde el anonimato los protegiera.

Durante el tiempo de dominación de la guerrilla de las FARC y, también, durante la fuerte presencia del Ejército, las posibilidades de protestar eran mínimas y casi que se reducían a actos simbólicos. Lo más común consistía en que, cuando alguien muy querido era asesinado por alguno de los tres actores, casi todo el pueblo se volcaba a la calle a acompañar en silencio el cortejo fúnebre desde la funeraria hasta el cementerio. Mi papá viajó varias veces desde Ibagué con el único fin de acompañar el cortejo fúnebre.

El 10 de abril del 2004 un grupo de soldados del Batallón Contra guerrilla Pijao, que hacía patrullaje en la vereda Potosí, vio entre la niebla un grupo de personas que huían. Les dieron la orden de detenerse y estos no lo hicieron, así que asumieron que eran guerrilleros y dispararon. Como resultado, asesinaron a una familia de cinco personas, entre ellas un muchacho de catorce años y un bebé de seis meses. Inicialmente los militares fueron absueltos, pues se trataba de un “error militar”. Sin embargo, en el 2009 los responsables del hecho fueron imputados a treinta y cinco y cuarenta años de prisión (Fiscalía General de la Nación, 2009).

En esta misma zona de Potosí, habitada por beneficiarios de repartición de tierras y camino obligado para pasar por la zona de páramo que se dirige hacia el Quindío, el Valle del Cauca o Roncesvalles, después se reportó la presencia de grupos paramilitares que hacían retenes y preguntaban por personas concretas. Asimismo, se mencionaron desapariciones en esta zona (Echandía Castilla, 2004; Redacción el Tiempo, 2004). La población civil continuó viviendo entre fuegos cruzados sin saber cuándo acabaría.

Mi padre, ya viejo y con muchos problemas para moverse, escuchaba estas noticias y se enteraba de otras por cuenta de sus amigos, ya no eran los días en los que pasaba toda la mañana en un café haciendo negocios y hablando con mucha gente, pero igual siempre los amigos lo buscaban y lo tenían actualizado de la situación. Recordaba aquellas épocas de los años 50 y no veía una solución a la mano. Varias personas le sugirieron que abandonara la región, que a su edad no debería estar en esas lidias, pero siempre decía que, si iba a morir, mejor que fuera luchando.

Sus viajes a la finca se hicieron menos frecuentes y siempre buscaba con su mirada entre las malezas a alguien que lo interceptara para pedirle algún encargo o cobrarle algo. Sin embargo, ahora su peor amenaza era su propio cuerpo; ya que el frío no le permitía quedarse a dormir en la casa de su propia finca, casa que en buena parte él reconstruyó con sus propias manos. Sus movimientos reducidos por la artritis, que después complicaría el chikunguña, apenas le permitían moverse por los corredores, de tal forma que le traían el ganado y desde el borde del corral apuntaba en su cuaderno todas las novedades: miraba el color de la orina y la consistencia de la boñiga o, incluso, cosas tan etéreas como el semblante de los animales; así sabía si había alguna vaca enferma y qué remedio necesitaba.

Con el paso del tiempo, las extorsiones y asesinatos en la región disminuyeron, al igual que las presiones de los actores armados. Los habitantes pudieron vivir con algo más de tranquilidad y confianza en el futuro. Había más cultivos, más gente en las carreteras y Anaime, que había llegado a parecer un pueblo fantasma, volvió a tener actividad. Se abrieron tiendas, una carnicería y hasta un restaurante. Las casas se empezaron a renovar. Muchas personas regresaron y algunos nuevos inmigrantes llegaron a remplazar el espacio dejado por los emigrados.

La resiliencia de la gente y del territorio estaban de nuevo presentes, pero ya muchas personas y familias completas se habían ido. Los lazos se volvieron a debilitar y las nuevas generaciones se volvieron más urbanas. Los hijos y nietos de aquellos que, a pesar de haber migrado a las ciudades durante la violencia de los años 50, mantuvieron sus lazos con el territorio los perdieron completamente. No regresaron y, si regresaron, ya no conocían a nadie ni recordaban cómo hacer las más sencillas labores del campo; como en mi caso, que si entre los cinco o seis

arreaba ganado toda una jornada y entre los ocho y once vacunaba y castraba, a los treinta y pico era un completo inútil en el campo, un forastero en la tierra de mis ancestros. El desarraigo de la tierra y, sobre todo, el causado por la pérdida o abandono obligado por la búsqueda de consecución de los propios sueños es un perjuicio que no se logra valorar.



El oro y el oro verde: las nuevas amenazas

En la segunda década del siglo XXI la enfermedad de mi padre y la suma de malos eventos, entre ellos un horrible y largo pleito con algunos de sus hijos, prácticamente destruyeron la finca, la maleza crecía a una velocidad mucho mayor que las posibilidades de domarla, los cercos se caían y las necesidades de subsistir obligaban a vender el ganado, de tal forma que cada vez había menos animales y el costo de mantenimiento aumentaba. Me hice cargo, pero vivía ya en Bogotá y solo tenía libre los fines de semana para hacer el viaje de ida y vuelta y tratar de poner algo de orden, pero ya no tenía el tiempo ni mucho menos el conocimiento para acertar. Solo un milagro o una venta parecían ser la solución. Muchos otros, que ya veían a sus propiedades como un lastre o como algo ajeno, pensaban lo mismo.

Iniciando el siglo XXI, entró un megaproyecto minero a Cajamarca, no a Anaime. Si bien la colonización de esta zona en parte estuvo motivada por la minería de oro y en Anaime existió una mina de cinabrio, que dio nombre a una de las actuales veredas, la actividad minera había sido prácticamente inexistente durante los últimos años. Una excepción era una pequeña mina de oro que existía en Cajamarca en la vereda La Julia. En el 2002 una multinacional sudafricana llegó a esa zona e inició labores de exploración y de compra de predios, si bien el proceso se fue dando poco a poco, la expectativa creció enormemente al igual que los mitos alrededor del proyecto. En el 2007 inició la exploración propiamente dicha y hacia 2010 la locura del oro se instaló en Cajamarca y en Anaime, pues recordemos que Anaime queda muy cerca y que hace parte de la misma región.

Si bien no hubo una mina en operación propiamente dicha, al proyecto que correspondía a la mina de La Colosa se le empezó a conocer como “La Mina”, por lo que en este texto usaré este término para referirme a la empresa minera. Esta sería una mina a cielo abierto y sería también una de las diez mayores minas de oro del mundo. De tal magnitud fue el proyecto, que rápidamente se vieron las inversiones por cuenta de La Mina en el municipio y todos querían obtener algún beneficio de esta bonanza.

Los transportadores rápidamente se endeudaron para comprar camionetas cabinadas que remplazaron a los antiguos e incómodos Willis, de tal forma que pudieran cumplir con las exigencias que La Mina les exigía. Los dueños de algunas casas construyeron apartamentos dentro de las mismas y el valor de los alquileres se disparó. Los comerciantes también hacían grandes planes con todo lo que le venderían a La Mina y se construyó un nuevo y moderno hotel, que solo atendía personal de La Mina.

La Mina hacía reuniones para convocar a distintos sectores de todo el municipio y los habitantes quedaron impresionados con el buen trato que recibían en esas reuniones, lo rica y abundante de la comida que les daban y la elegancia de la decoración. Los jóvenes también se sorprendieron de recibir a los jugadores del equipo de fútbol Deportes Tolima en el municipio regalando balones de fútbol y los colegios públicos recibieron donaciones de instrumentos musicales. Rápidamente en las elecciones municipales de alcaldes se pasó de unos tres candidatos a números que llegaron hasta siete, en las campañas el tema principal era que hacer con todo el dinero que generaría La Mina. Solo unos pocos, vistos como locos o enemigos del progreso, manifestaron su rechazo al proyecto minero.

Aquella época coincidió con las labores de construcción del túnel de La Línea y del mejoramiento de la vía entre Cajamarca y Armenia, razón por la que la mano de obra, que no era abundante, empezó a escasear aún más. Los obreros agrícolas prefirieron emplearse en La Mina o en las obras de la carretera, pues recibían mejores pagos y todos los aportes de ley, como primas, vacaciones, aportes a salud y pensión, lo que no sucedía en las labores agrícolas. La competencia llevó a que los agricultores tuvieran que aumentar los salarios ofrecidos para poder captar esa mano de obra. Los aumentos fueron muy altos y rápidos; por ejemplo, para labores asociadas con el cultivo de arracacha en Anaimé se puede estimar un aumento del 40 % entre 2007 y 2008, lo que implicó un incremento de los costos totales de producción del 34 % (Gutiérrez- Malaxechebarría, 2011), cuando la inflación nacional del 2007 fue inferior al 6 %.

Los pequeños comerciantes, que tantas ilusiones habían invertido, empezaron a disminuir sus ventas, pues La Mina compraba a grandes mayoristas, externos, y parte del pago a sus trabajadores lo hacía en bonos que solo podían redimirse en grandes almacenes de cadena de Ibagué. A los parceleros, a quienes les habían comprado sus tierras, el desembolso de los pagos totales se les demoró

varios años y, si bien les habían obligado a que parte de ese dinero se invirtiera en la compra de tierras en el mismo municipio, con el fin de no generar desplazamiento de campesinos, era evidente que los que las vendían a los antiguos parceleros sí se debían ir.

Muchos de los propietarios de tierras descendientes de las familias de larga tradición local, que, gracias a los procesos de violencia, habían perdido el vínculo con la zona estaban esperanzados en que La Mina comprara aquellas viejas haciendas. Algunos lo lograron, en particular los que tenían grandes extensiones de terreno en los páramos o en las cabeceras del río Anaime, en teoría se habían comprado como compensaciones ambientales, pero estaban ubicadas encima de títulos mineros.

Poco a poco se fue dimensionado el tamaño del proyecto y se acercó el fantasma de que el municipio dejaría de producir comida y que sus recursos hídricos irían menguando, desdibujando el imaginario de una tierra fértil y de ser la despensa agrícola del país. Esto se sumó a que La Mina intentó comprar conciencias regalando mercados, que aumentaban la idea de que se convertirían en una tierra estéril, por lo que sus habitantes tendrían que recibir mercados regalados, producidos en otros lugares, en lugar de comer lo que ellos mismos criaban o cultivaban, también hicieron jornadas de salud no concertadas con las comunidades.

Dentro de todos los proyectos de inversión en el municipio, la mayoría equivocados, se destaca el que incentivaba la siembra de aguacate Hass como una estrategia que mejoraría los ingresos de los habitantes, tratando de demostrar la posible convivencia entre agricultura y minería. Se trajeron semillas y se transfirió tecnología y conocimiento para hacer unos buenos cultivos de aguacate Hass.

Si bien en la mayor parte del municipio de Cajamarca se conservaba cierta simpatía hacia La Mina, en Anaime el rechazo de la comunidad fue aumentando ante la amenaza de perder sus recursos y sobre todo de perder su control sobre el territorio, que se había construido en varias generaciones y sobrevivido a muchas violencias y actores armados. Se decía que la Mina iba a ocupar las zonas de páramos donde nacía el agua y que su presencia estaba siendo apoyada por grupos armados, quienes hostigaban a los líderes que se oponían.

La oposición traspasó los límites municipales; los agricultores del distante distrito de riego de Usocoello, que se abastecen de aguas del río Coello, uno de cuyos principales afluentes es el río Anaime, también manifestaron su oposición ante la posibilidad de recibir menos agua y de que esta estuviera contaminada por los químicos utilizados en la minería separando el oro de los otros minerales.

La Mina, que ya había invertido dinero en su compra de simpatías —sin entender las reales necesidades y expectativas de la comunidad—, siguió gastando en asuntos que no resolvían nada, como patrocinar al Deportes Tolima o a las Fiestas del Folclore en Ibagué. Tanto dinero en proyectos inútiles aumentó las suspicacias de la comunidad; recordemos que se trataba de una comunidad

empoderada, sobreviviente de las luchas armadas, sabedora de haber construido su propio territorio y con un nivel de vida aceptable para las condiciones generales del país.

El proyecto era de tal magnitud que incluía parte del proceso en el distante municipio de Piedras. Ubicado a más de noventa kilómetros de La Mina. En el 2013 este municipio realizó una consulta popular para definir si se debía permitir la instalación de los ingenios de La Mina de La Colosa en su municipio. El 99 % de los votantes manifestaron su rechazo a la minería en Piedras (Portafolio, 2013).

Este hecho, sumado a la creciente información acerca de los problemas ambientales y sociales asociados a la minería y a la evidencia, o sospecha bien fundada, de que esta generaría riqueza por un breve periodo, es decir, un espejismo de desarrollo que no es sostenible, que arrasaría con la enorme producción agropecuaria de la zona y con su biodiversidad y que agotaría y envenenaría sus aguas hizo que aumentara el rechazo al proyecto, el que creció aún más al evidenciar todas las trabas que se pusieron al nivel del Estado central para evitar que se realizara una consulta que permitiera conocer la opinión de los habitantes sobre la instalación de un megaproyecto minero en su territorio. En el 2017, se realizó una consulta popular en todo Cajamarca, liderada en buena parte por organizaciones de Anaime. El 97,7 % de los votantes se manifestó en contra, por lo que el proyecto minero quedó suspendido indefinidamente. El proceso de resistencia minera, que fue ejemplo en todo el país ante el aumento de la minería en la época, puede encontrarse de forma más detallada y rigurosa en la tesis doctoral de mi amiga Aida Quiñones, quien realizó el prólogo de este libro en (Quiñones Torres, 2019).

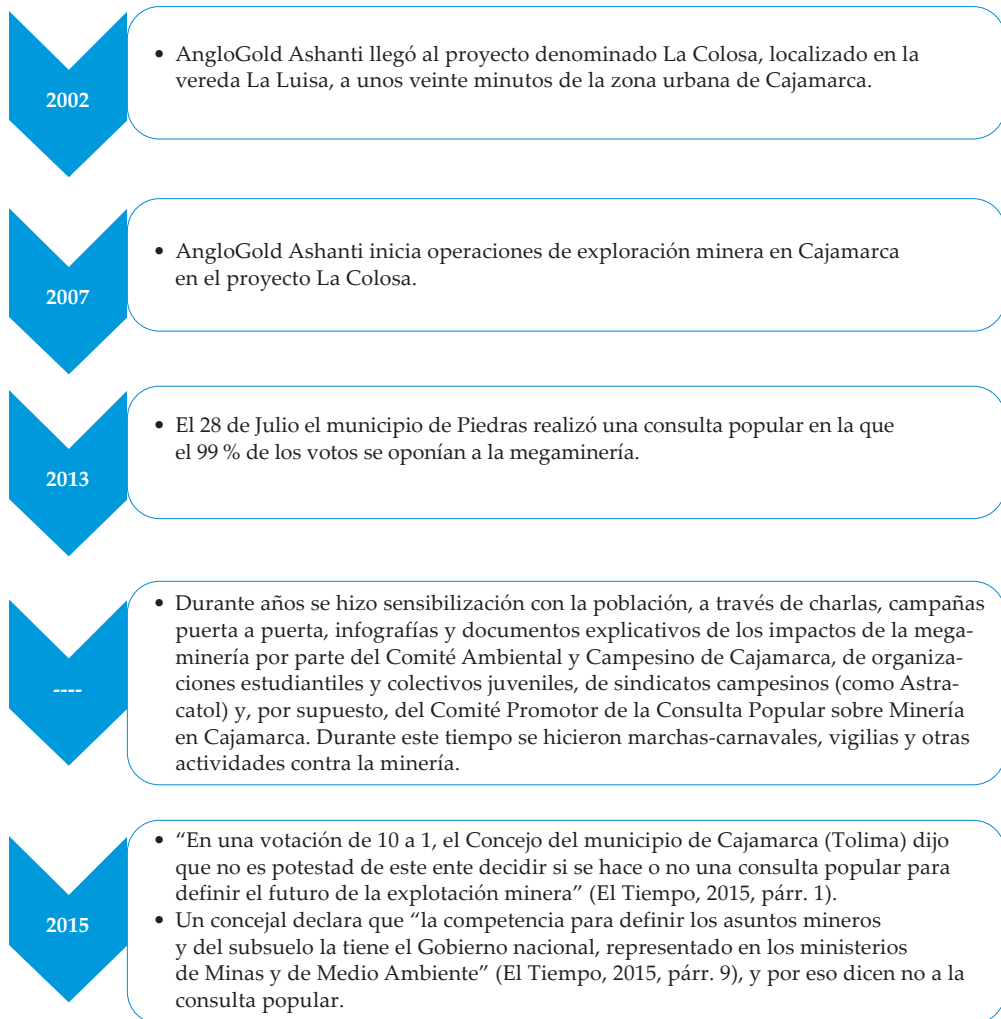
El gran reto después de la consulta ha sido el generar mejores ingresos para todos, pues está claro que quienes tienen posibilidades económicas pueden pensar y planear un futuro mejor sin los ingresos inmediatos que prometía La Mina, pero quienes viven en la pobreza o de trabajos cuyo pago es diario deben resolver su presente y el de sus familiares inmediatamente. Se han logrado cosas importantes como vender directamente la arracacha a cadenas como Crepes & Waffles (que no implica solamente vendérsela a ellos, sino posicionarla en el imaginario culinario y aumentar su demanda) y se han ido fortaleciendo redes de agricultura agroecológica y de procesamiento de los productos con el fin de darles valor agregado.

Vencer a un monstruo con tantos recursos y la evidencia real de que trabajar en conjunto puede incidir en el futuro de su propio territorio, junto a la idea de que las personas no son pequeñas fichas que mueven los actores armados o poderosos actores a su antojo, empoderó a la comunidad y fortaleció los vínculos (evidentemente quienes estaban a favor de La Mina o quienes perdieron sus negocios o empleos por la salida de la misma no estaban tan contentos). Sin embargo, se sabe que difícilmente se dejará todo ese oro bajo tierra sin intentar

hasta lo imposible. Lo más conocido han sido las acciones legales que buscan que los permisos otorgados antes de la consulta sean respetados por parte del Estado y que La Mina pueda entrar a operar. Es decir, es una victoria que se observa con moderado optimismo y se sabe que el monstruo estará esperando bajo la cama hasta que nos quedemos dormidos, razón por la que se siguen haciendo algunas acciones que buscan lograr que se respete la decisión de la consulta.

A continuación, se muestra una resumida línea de tiempo del proyecto minero de La Colosa.

Figura 18. Línea de tiempo del proyecto minero de La Colosa



2016

- Fue declarada inconstitucional la pregunta para la consulta popular por el “Consejo de Estado, al considerar que ‘carecía de neutralidad y lesiona la libertad del votante’, por lo que la devolvió al Tribunal Administrativo del Tolima que, finalmente, la modificó y quedó así: “¿Está usted de acuerdo sí o no que en el municipio de Cajamarca se ejecuten proyectos y actividades mineras?” (Espinoza, 2017).

2017

- El 26 de marzo el 97.7 % de los participantes de Cajamarca votó “no” en primera consulta popular de la megaminería y “dieron así el primer paso para la salida de su territorio de la transnacional minera sudafricana AngloGold Ashanti” (Buena Gente Periódico, 2017, párr. 1).
- 17 de abril se formaliza la decisión de la consulta popular a través de un Acuerdo Municipal.

2017

- El 27 de abril “a través de un comunicado oficial, AngloGold Ashanti informó que suspendía sus trabajos en la despensa agrícola de Colombia, producto de los resultados de la consulta popular minera ” (Alerta Tolima, 2017).

2018

- “Los campesinos están satisfechos de haber sacado de su región a AngloGold y sostienen que su situación económica es buena, pues, según ellos, la producción agrícola ha incrementado” (Espinoza Borrero, 2018).
- “Crepes & Waffles hizo [una alianza] con una sociedad de arracacheros para venderle de manera directa a la cadena de restaurantes y así generar ingresos entre los campesinos de la población” (Espinoza Borrero, 2018).

2018

- La Corte Constitucional colombiana se retracta al decir que “las consultas populares no tienen la capacidad de prohibir la minería en los territorios. Pero también señala que el suelo y los recursos naturales son propiedad del Estado en un sentido amplio, lo que significa que las regiones y los entes territoriales también son propietarios. Identifica que hay un vacío y le ordena al Gobierno que cree una ley para regularlo” (Monsalve, 2021).

2018

- “El ciudadano de nacionalidad canadiense Chris Lodder Andrea, representante de AngloGold Ashanti, es sindicado de Invasión de Áreas de Especial Importancia Ecológica, probablemente ocurridos entre el 18 de enero del 2007 y el 21 de febrero del 2008 en el área de la Reserva Forestal Central en las veredas La Luisa y La Paloma del municipio de Cajamarca, donde se causaron graves daños a la reserva ecológica y al bosque de páramos natural en el departamento del Tolima, [...] no acepta los cargos” (El Cronista, 2018, párr. 2).

2018

- “Se busca que, en el esquema de ordenamiento territorial, Cajamarca sea considerado como un municipio libre de minería de metales a cielo abierto. Las organizaciones sociales, ambientales y campesinas de Cajamarca acompañan a otros municipios en Colombia para que puedan realizar sus consultas populares. El colectivo socioambiental y juvenil de Cajamarca (Cosajuca) creó una guía metodológica para realizar consultas populares, donde se explica todo el procedimiento de la consulta popular y de iniciativa ciudadana” (Torres, 2017, p. 75).

2019

- “La Corporación Cajamarca Despensa Hídrica y Agrícola, promotora de la consulta popular en Cajamarca, radicó ante el Tribunal Administrativo de Cundinamarca una acción jurídica para defender el resultado de la consulta popular llevada a cabo el 26 de marzo del 2017 en el municipio de Cajamarca” (El Cronista, 2019, párr. 1).

- “AngloGold aún mantiene vigentes tres títulos mineros (aunque se encuentran suspendidos) y que, según los datos que han podido rastrear, la Agencia Nacional Minera (ANM) ha recibido cinco nuevas solicitudes de minería. Tres de estas han sido pedidas por la canadiense Iamgold Corporation (que comparte una mina en Mali, África, con AngloGold) y las otras dos fueron solicitadas por Morena Minerales S. A. S. y Nacional de Minerales y Metales S. A. S.” (Monsalve, 2021).

2021

- “AngloGold afirma que ‘ninguna consulta popular tiene el efecto de producir la cancelación de los contratos de concesión minera ni la nulidad de los títulos mineros existentes’, razón por la que no ha renunciado a los títulos” (Monsalve, 2021) y “revisarán en un futuro las condiciones jurídicas con relación al proyecto La Colosa” (Monsalve, 2021).

2021

- El líder del Comité Ambiental por la Defensa del Agua declara que tienen “demandados tanto al Gobierno nacional como a AngloGold por no renunciar del todo a los títulos. Además, el Comité le pide a la ANM que deniegue las solicitudes de concesión minera en jurisdicción del municipio de Cajamarca que se encuentran en curso y que se abstenga de tramitar cualquier otra solicitud que llegue a su despacho” (Monsalve, 2021).

2021

- La ANM “le explicó a El Espectador que, debido a que la Corte Constitucional (sentencia SU 095 del 2019 y SU 411 del 2020) dijo que los municipios no pueden vetar las actividades mineras de manera unilateral, ‘la ANM no puede declarar la nulidad absoluta del contrato’. Además, dijo que, bajo esta misma lógica, ‘la Agencia puede seguir adelantando la evaluación de las solicitudes radicadas’” (Monsalve, 2021).

Fuente: elaboración de Daniela Torres Ramírez a partir de Alerta Tolima (2017); El Cronista.co. (2018,2019); Espinosa (2017, 2018); Gutiérrez (2017); Monsalve (2021); Tolima (2015) y Torres (2018).

Poco antes de la consulta minera los ánimos estaban tan exaltados y las alertas tan sensibles en Anaime, que había varios mensajes contra la minería; se habían instalado unas vallas informando sobre la riqueza natural de la región y, alguna vez, un día antes de que mi suegra fuera a visitarme a la finca, llegaron unos vecinos muy preocupados a hablar conmigo porque les habían dicho que al siguiente día iba a ir un carro con personas ajenas a la zona, me preguntaron que si íbamos a vender La Holanda, les expliqué que se trataba de mi suegra y que en ese momento una venta no estaba en los planes.

Sin embargo, la fuerza de los hechos hizo que los planes cambiaran. Pasada la consulta, vendimos, muy barata, la finca, como única opción para resolver un problema familiar que no mostraba vías de solución. Mi padre, que llevaba algunos años en cama —agotado de luchar contra los enemigos que había engendrado—, habrá sentido este desenlace como una pérdida de una parte de su propio ser; al menos se alivió un poco al saber que los compradores eran unos familiares lejanos, algo así como nietos de una prima de mi abuela. Poco tiempo después murió.

En el 2020 cuando retomé las entrevistas para este libro, me sorprendí de que todos los entrevistados me hablaban de la gigantesca presencia de los cultivos de aguacate Hass en la región. Este promete ser un cultivo que genera grandes rentabilidades y el cañón de Anaime parece ofrecer, junto a sus fértiles suelos, las condiciones climáticas ideales: la abundante agua que requiere el cultivo y la proximidad al puerto de Buenaventura, lo que facilita su exportación. Si bien hay campesinos que incursionaron en el cultivo de aguacate Hass y hay al menos una familia tradicional que incursionó en este negocio a gran escala, la preocupación se relaciona con que varias de las grandes haciendas fueron vendidas a multinacionales dedicadas al cultivo.

Ya no se trata de una única y gran amenaza como lo era la minería, sino de varios proyectos agroindustriales dispersos por el territorio que compiten por el agua con los campesinos y que, si bien contratan empleados locales, han traído un gran número de mano de obra de otras regiones que, dadas las particularidades del trabajo, no se ha integrado con los habitantes originales. Los entrevistados se quejan de no conocer a los dueños ni a los gerentes. Ya no se trata de los grandes señores de la tierra de antes, que hacían parte de la comunidad, sino de agentes del capital, sin lazos con el territorio. Son proyectos tan grandes que incluso construyen carreteras dentro de sus predios, lo que contrasta con las largas historias de la apertura de las carreteras veredales. Se ha llegado a mencionar que son más de cinco mil hectáreas las que están en manos de multinacionales para el cultivo de aguacate Hass en Anaime (El Nuevo Día, 2021). Sin embargo, no hay datos oficiales ni actualizados.

La diversidad de cultivos se ve amenazada por estos actores que parecen acelerar procesos de centralización de la tenencia de la tierra y de los demás medios

de producción. Además, ha habido denuncias de que esta expansión se ha hecho a costa de la tala de los bosques altoandinos, en particular, de los de palma de cera, orgullo de Anaime (El Nuevo Día, 2021; La Liga Contra el Silencio, 2020; Vanguardia, 2020).

Existe miedo a que se pierda la diversidad agrícola y que Anaime se dedique exclusivamente a la producción de aguacate teniendo que traer de otras regiones los alimentos para los habitantes, pero, sobre todo, existe el temor de que estas grandes multinacionales estén asociadas a La Mina y que hagan parte de una gran estrategia para acaparar tierras y debilitar el tejido social que prohibió la minería en el territorio.



Consideraciones finales

En la actualidad el cañón de Anaime se enfrenta a varios desafíos; entre ellos, la sobreexplotación de sus tierras de fuertes pendientes, los bajos precios de los productos agropecuarios, el aumento del consumo de alucinógenos por parte de los jóvenes —que, a su vez, no ven posibilidades de realizar planes a largo plazo en la zona— y el posible establecimiento de proyectos de megaminería.

Si bien la mayoría de los jóvenes sigue pensando en emigrar ante la falta de garantías para su desarrollo personal en Anaime, cada vez tienen mayor conciencia ambiental y la situación de la pandemia del covid-19 ha revalorizado el imaginario del territorio y atraído de regreso a personas que habían emigrado.

El turismo de naturaleza se vislumbra como una gran oportunidad, pues sus paisajes son hermosos y se encuentran unos de los mayores y mejor conservados bosques de palma de cera del país, existen iniciativas de observación de aves y de agroturismo, se han construido algunos albergues en la zona y poco a poco van llegando turistas. Eso sí, los pobladores no desean que sea un turismo masivo como el del Eje Cafetero, sino que sea un turismo de pequeña escala, que además de generar ingresos, valore el territorio y la cultura local.

La gente ha cambiado y los jóvenes ven la educación superior como una oportunidad real y al alcance de sus manos, en este mismo sentido, las mujeres ya no desean casarse ni tener hijos, al menos no siendo muy jóvenes. Las relaciones sociales tienden a ser más horizontales y si aún no se les paga a los trabajadores todo lo que exige la ley, ya no es tan marcada la diferencia en el trato entre obreros y propietarios.

Las iniciativas locales y comunitarias se han fortalecido y existen algunas asociaciones y cooperativas que buscan dinamizar la economía por medio de la comercialización directa de sus productos, a la vez que buscan mejorar la productividad de la tierra y la gestión de las fincas.

Como dijo una de las entrevistadas, la mejor época de Anaime es cuando hay tranquilidad. Todos esperamos que la tranquilidad permanezca en el tiempo y que se mejoren las condiciones de vida de sus habitantes y la sostenibilidad del territorio.



Referencias

- Acevedo Á. y Martínez S. (2005). El Camino Quindío en el centro occidente de Colombia. La ruta, la retórica del paisaje y los proyectos de poblamiento. *Estudios Humanísticos*, (4), 9-36. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1392731.pdf>
- Alcaldía Municipal de Cajamarca. (2011). *Diagnóstico Esquema de Ordenamiento Territorial Cajamarca Tolima*. Alcaldía Municipal de Cajamarca.
- Alerta Tolima. (2017, 27 de abril). Es oficial: AngloGold suspende actividades en mina La Colosa. *Alerta Tolima*. <https://www.alertatolima.com/noticias/tolima/es-oficial-anglogold-suspende-actividades-en-mina-la-colosa>
- Diócesis de Cajamarca. (s. f.). *Libro primero de Bautismos perteneciente a los caseríos de Anaime y Florencia. Bautizados, 1888 a 1902*. Archivo Histórico Diócesis de Cajamarca.
- Buena Gente Periódico. (2017, 26 de marzo). Cajamarca vota NO en primera consulta popular de la megaminería. *Buena Gente Periódico*.
- Carreño, P. M. (1912). *Censo general de la República de Colombia de 1912*. Biblioteca Digital Hispánica. <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000104908&page=1>
- Carrizosa Umaña, J. (2014). *Colombia compleja*. Jardín Botánico José Celestino Mutis; Instituto de Investigación en Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. <http://hdl.handle.net/20.500.11761/32548>
- Cortolima. (s. f.). *Sistema de Información Geográfica*. Cortolima. <https://sig.cortolima.gov.co/>

- Cubillos, J. C. (1946). Apuntes para el estudio de la cultura pijao. *Boletín de Arqueología*, 2(1), 47-81.
- DANE. (2020). *Geoportal DANE*. DANE.
- Echandía Castilla, C. (2004). La guerra por el control estratégico en el suroccidente colombiano. *Revista Sociedad y Economía*, (7), 65-89. https://sociedadyeconomia.univalle.edu.co/index.php/sociedad_y_economia/article/view/4150/6358
- El Cronista.co. (2018, 5 de julio). Anglo Gold no acepta cargos por daños a la naturaleza en Cajamarca. *El Cronista.co*. <https://elcronista.co/region/anglo-gold-no-acepta-cargos-por-danos-a-la-naturaleza-en-cajamarca>
- El Cronista.co. (2019, 7 de junio). Ambientalistas de Cajamarca presentaron demanda para exigir nulidad de contratos de AngloGold Ashanti. *El Cronista.co*. <https://elcronista.co/actualidad/ambientalistas-de-cajamarca-presentaron-demanda-para-exigir-nulidad-de-contratos-de-anglo-gold-ashanti>
- El Nuevo Día. (2021, 13 de febrero). En zona alta de Cajamarca abren paso irregular entre las palmas de cera. *El Nuevo Día*. <https://www.elnuevodia.com.co/nuevodia/tolima/461623-en-zona-alta-de-cajamarca-abren-paso-irregular-entre-las-palmas-de-cera>
- El Nuevo Día. [1994]. [Fotografías sin título]. El Nuevo Día.
- El Tiempo. (2015, 14 de febrero). Concejo de Cajamarca, Tolima, dijo “no” a la consulta popular minera. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15247615>
- Escobar, B. (2011). *De los conflictos locales a la guerra civil. Tolima (Colombia) a finales de siglo XIX*. Ludwig-Maximilians-Universität. https://edoc.ub.uni-muenchen.de/15481/1/Escobar_Brenda.pdf
- Espejo, M. B. y Roza, N. (2015). *El léxico de la violencia en Colombia en algunas obras de la literatura de violencia*. <https://repositorio.uptc.edu.co/items/9e955ff3-37cf-49a5-bda3-d8b8b4389853>
- Espinosa, M. Á. (2017, 25 de marzo). Consulta popular en Cajamarca, clave para el futuro de la minería. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/consulta-minera-en-cajamarca-se-realizara-este-domingo-70960>
- Espinosa, M. Á. (2018, 27 de marzo). Cajamarca, una nueva oportunidad tras haber dicho No a la minería. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/cajamarca-impulsa-nuevos-proyectos-tras-consulta-popular-en-la-que-rechazaron-la-mineria-198686>

- Fiscalía General de la Nación. (2009). *Por masacre de Potosí (Tolima) condenados cinco militares*. Fiscalía General de la Nación. <https://www.fiscalia.gov.co/colombia/noticias/por-masacre-de-potosi-tolima-condenados-cinco-militares/>
- Fotografías Antiguas y Personajes del Tolima Álbum. (2019). *Puente de madera de Anaimé Tolima* [Registro fotográfico]. Facebook. https://www.facebook.com/photo/?fbid=1095107314025072&set=gm.10157003724483882&_rdc=1&_rdr
- Fotografías Antiguas y Personajes del Tolima Álbum. (2013a). *Hacienda La Arcadia 1916 Anaimé*. [Registro fotográfico]. Facebook. https://www.facebook.com/FotografiasAntiguasYPersonajesDelTolima/photos/hacienda-la-arcadia-1916-anaimé-hacienda-la-arcadia-a-las-afueras-de-anaimé-cuyo-/146315545570925/?locale=es_LA&_rdc=2&_rdr
- Fotografías Antiguas y Personajes del Tolima Álbum. (2013b). *Puente de Hierro Vía de Armenia a Cajamarca e Ibagué*. [Registro fotográfico]. Facebook. https://www.facebook.com/FotografiasAntiguasYPersonajesDelTolima/photos/puente-de-hierro-v%C3%ADa-de-armenia-a-cajamarca-y-ibagué-cajamarca-tolima-colombia/146308845571595/?locale=hi_IN&_rdc=2&_rdr
- Francel, A. (2017). *Historia y patrimonio de la periferia interior de Ibagué*. Alcaldía Municipal de Ibagué.
- Gutiérrez, D. J. (2017, 28 de marzo). Cajamarca, Tolima: consulta popular y disputa por el territorio. *Comosoc*. <https://comosoc.org/cajamarca-tolima-consulta-popular/>
- Gutiérrez, R. (1921). *Monografías*. Imprenta Nacional.
- Gutiérrez-Malaxechebarría, A. (2011). Nueva aparcería en la producción de arracacha (arracacia xanthorrhiza) en Cajamarca (Colombia). *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 8(67), 205-228. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6513883>
- Invías. (s. f.). *Hermes*. Invías. <https://hermes2.invias.gov.co/SIV/>
- Jiménez, M. (1989). Vías de comunicación desde el virreinato hasta la aparición de la navegación a vapor por el Magdalena. *Historia Crítica*, (2), 118-125. <https://doi.org/https://doi.org/10.7440/histcrit2.1989.08>
- La Liga Contra el Silencio. (2020). *Los aguacates de AngloGold dividen a Cajamarca*. Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. <https://www.utadeo.edu.co/es/articulo/crossmedialab/277626/los-aguacates-de-anglogold-dividen-cajamarca>
- Lopera Gutiérrez, J. (2003). *Compendio de historia del Quindío*. Editorial Universitaria de Colombia. <https://catalogo.uniquindio.edu.co/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=28743>

- Lucena Salmoral, M. (1962). Calarcá no murió a manos de Baltasar. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (10), 1265–1269. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/5870
- Martin, H. (1935-1937). *Wegnach Cajamarca. Bibliothek der Bilder- und Bildpostkarten aus Südamerika im Deutschen Reich 1880-1930*. <https://dokumen.pub/ambivalente-bilder-fotografien-und-bildpostkarten-aus-sdamerika-im-deutschen-reich-1880-1930-9783839443415.html>
- Martínez Rivillas, A. (2014). La minería de oro: breve historia regional e impactos negativos en el Tolima. *Revista de Expresión Cultural El Salmon*. <https://www.elsalmon.com.co/2014/03/la-mineria-de-oro-breve-historia.html>
- Matrimonio de Jesús María Ocampo y María Arcenia Cardona. (1880). [Matrimonio de Jesús Cardona, Ocampo y María Arcenia Cardona. Libro VII de matrimonios enero de 1880 a mayo de 1886, 30 de agosto de 1880]. Archivo histórico Catedral Inmaculada Concepción Ibagué.
- Meertens, D. (2000). *Ensayo sobre tierra, violencia y género*. Universidad Nacional de Colombia. Centro de Estudios Sociales. <https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/2952/01PREL01.pdf?s>
- Monsalve, M. M. (2021, 26 de marzo). Minería, una sombra que no deja en paz a Cajamarca. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/ambiente/mineria-una-sombra-que-no-deja-en-paz-a-cajamarca-article/>
- OCA y Universidad Nacional de Colombia. (2005). *Conflicto: minería de oro. La Colosa-AngloGold Ashanti-Comité Ambiental (CADV)-Tolima*. OCA; Universidad Nacional de Colombia. https://conflictosambientales.unal.edu.co/oca/env_problems/viewEnvProblem/3
- Portafolio. (2013, 29 de julio). El municipio de Piedras rechazó la minería en su territorio. *Portafolio*. <https://www.portafolio.co/economia/finanzas/municipio-piedras-rechazo-mineria-territorio-86784>
- Quiñones Torres, A. J. (2019). *Dominación y resistencia desde la información: estudio de tres procesos colombianos en el marco del extractivismo minero*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Redacción el Tiempo. (1997, 5 de febrero). Anaime, un pueblo amenazado. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-546018>
- Redacción el Tiempo. (2004, octubre 13). Aumenta el pánico en Potosí por presencia Para. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1563510>

- Reyes, E. (2012). *Memorias por correspondencia*. Fundación arte vivo. https://docdrop.org/download_annotation_doc/Memoria-por-correspondencia-Editable-cqyg7.pdf
- Rojas Arias, M. A. (2019, 7 de agosto). El Quindío no tuvo nada que ver con la Independencia de Colombia. *El Quindiano*, 1-9. <https://elquindiano.com/noticia/166166/el-quindio-no-tuvo-nada-que-ver-con-la-independencia-de-colombia/>
- Torres, J. F. (2017). Cajamarca-Tolima votó NO en la consulta popular. *Semillas*, 69(70), 72-75. https://www.semillas.org.co/apc-aa-files/0ccc57454a31b3c038b4b92d620f7f60/revista-semillsd-69-70_2017.pdf
- Valencia Barrera, G. A. y Agudelo Vanegas, F. A. (2003). Banca y economía en Armenia y el Quindío. En *Policromías de una región. Procesos históricos y construcción del pasado local en el Eje Cafetero* (pp. 142–172). UASLP
- Vanguardia. (2020). Queman palmas de cera en reserva forestal de Tolima. *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/colombia/2020/06/27/queman-palmas-de-cera-en-reserva-forestal-de-tolima/>
- Velásquez Arango, J. J. (2021). Nuevas perspectivas para la historia del pueblo pijao, siglos XVI y XVII. *Fronteras de la Historia*, 26(1), 256–279. <https://doi.org/https://doi.org/10.22380/20274688.1125>
- Zuluaga Gómez, V. (2010). *El Camino del Quindío y las guerras civiles: Cartago, Boquía, Salento, Ibagué, Pereira*. Gráficas Buda. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/31494>



Sobre el autor

Álvaro Martín Gutiérrez Malaxechebarría

Profesor titular de la Facultad de Medio Ambiente y Recursos Naturales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y profesor asistente de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia. Ingeniero civil, magíster en Ingeniería Civil y doctor en Estudios Ambientales y Rurales. Sus investigaciones se han centrado en comprender las relaciones entre las comunidades y el agua con el fin de analizar estrategias de sostenibilidad y proponer soluciones de tecnologías apropiadas. Es autor de diversos artículos de investigación, capítulos y libros.

Correo electrónico: amgutierrezm@udistrital.edu.co

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-2306-1610>



Este libro se terminó de imprimir en abril de 2025
en XPRESS ESTUDIO GRÁFICO Y DIGITAL S. A. S.,
Bogotá, Colombia.

